



# LAS UTOPIÁS EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES: BRASIL, EL SUR GLOBAL Y OCCIDENTE\*

*Utopias in International Relations: Brazil, the Global South and the West*

**Diego S. Crescentino**

*Universidad Autónoma de Madrid - Katholische Universität Eichstätt-Ingolstadt.  
España - Alemania*

[diego.crescentino@gmail.com](mailto:diego.crescentino@gmail.com) | <https://orcid.org/0000-0002-0780-199X>

Fecha recepción: 12/09/2022

Fecha de aceptación: 26/01/2023

**Resumen:** A partir de una reflexión profunda en torno al papel que cumplen las utopías en los proyectos políticos que intervienen en las relaciones internacionales, este artículo tiene como objetivo analizar el cambio de rumbo de la política exterior de Brasil en el periodo 2003-2022. Ello implica observar la transformación sufrida por la acción internacional del país, de una posición de defensor del Sur Global, a otra de adalid de Occidente. Para este fin, esta propuesta se valdrá de la triangulación de información ofrecida por fuentes primarias —documentos y discursos oficiales de la presidencia y del ministerio de Relaciones Exteriores— y secundarias —análisis de publicaciones académicas—. Con ello en mente, se hará una introducción teórica a través de la cual se abordará genealógicamente el pensamiento utópico en la disciplina de las Relaciones Internacionales y el campo del Análisis de la Política Exterior. Posteriormente, serán definidas dos estrategias discursivas, que aluden a proyectos antagónicos de inserción internacional asentados en imaginarios utópicos opuestos, y que han guiado

---

\* Investigación realizada en el marco de un contrato postdoctoral Margarita Salas para la formación de jóvenes doctores de la Universidad Autónoma de Madrid y del Ministerio de Universidades y el Plan de Recuperación, Transformación y Resiliencia del Gobierno de España (Ref.ª: CA4/RSUE/2022-00303). Esta publicación fue financiada por el proyecto PGC2018-093778-B-I00 del Plan Estatal de Investigación Científica, Técnica y de Innovación del Gobierno de España (MICINN-FEDER), «Espacios emocionales: los lugares de la utopía en la historia contemporánea» (IP.: Juan Pro Ruiz).

a la cosmovisión brasileña de la realidad internacional en las dos primeras décadas del siglo XXI: el Brasil del Sur Global y el Brasil de Occidente. A modo de cierre, se trazarán algunas reflexiones finales, destacando el rol que cumplen ambas representaciones en la proyección doméstica e internacional de Brasil de cara al periodo de gobierno que inició en 2023. Se entiende que ambas cosmovisiones tienen su origen en la tradición de pensamiento internacional de Brasil, pero incorporan, además, variables que remiten a proyectos utópicos transnacionales.

**Palabras clave:** Utopía; Relaciones internacionales; Política exterior; Brasil; Sur Global; Occidente.

**Abstract:** Based on an in-depth reflection on the role of utopias in political projects that intervene in international relations, this article aims to analyse the change of direction of Brazil's foreign policy in the period 2003-2022. This involves observing the transformation of the country's international action, from a position of defender of the Global South to one of champion of the West. To this end, this proposal will make use of the information offered by primary sources —official documents and speeches of the presidency and the Ministry of Foreign Affairs— and secondary sources —analysis of academic publications—. With this in mind, it will provide an extensive theoretical introduction, through which it will genealogically address utopian thinking in the discipline of International Relations and the field of Foreign Policy Analysis. Subsequently, it will define two discursive strategies that allude to antagonistic projects of international insertion based on opposing utopian imaginaries, and which have guided the Brazilian worldview of international reality in the first two decades of the twenty-first century: the Brazil of the Global South and the Brazil of the West. By way of conclusion, the paper will offer some final reflections, highlighting the role played by both representations in Brazil's domestic and international projection for the government's term of office that started in 2023. It is understood that both worldviews have their origins in Brazil's tradition of international thought, but also incorporate variables that refer to transnational utopian projects.

**Keywords:** Utopia, International relations; Foreign policy; Brazil; Global South; the West.

**Sumario:** 1. Introducción; 2. Utopía, relaciones internacionales y política exterior; 3. Brasil, neoliberalismo y Sur Global; 4. La utopía reaccionaria y el Brasil de Occidente; 5. Reflexiones finales; 6. Referencias bibliográficas.

## 1. INTRODUCCIÓN

A lo largo de las tres últimas décadas, las directrices que han regido la política sudamericana han atravesado constantes transformaciones, guiadas por la pugna entre clases gobernantes comprometidas con diferentes modelos de desarrollo. Así, la narrativa del pensamiento único y el fin de la historia resaltada por el ideario neoliberal modernizador, dominante durante la década de 1990, cedió su lugar al giro neo/social-desarrollista de la década de 2000, protagonizado por la llamada marea rosa. Legitimadas por un gran apoyo popular, las ambiguas alianzas gobernantes formadas por la «nueva izquierda» a lo largo del primer quinquenio del siglo

xxi contribuyeron a una incompleta incorporación de las demandas formuladas por diferentes actores sociales, sin abrazar, con ello, una ruptura con el neoliberalismo. Desde el punto de vista simbólico, empero, la consolidación de imaginarios sociales vinculados al cosmopolitismo de la Patria Grande y el Sur Global constituyó la principal estrategia de legitimación de los mecanismos de vinculación regional e inserción internacional de estos gobiernos.

Acuciados por su apuesta por un modelo de desarrollo dependiente de un estado y un mercado fuertes en el seno de la recesión mundial posterior a la crisis financiera de 2008, la incapacidad de respuesta ante las nuevas demandas y la incompleta renovación de estos movimientos fue contestada por grandes protestas sociales. Estos factores prepararon el terreno para un nuevo escenario, que daría paso al resurgimiento de una serie de agentes propulsores del conservadurismo político por vías democráticas.

De la mano del esfuerzo propagandístico de los medios masivos de comunicación para renovar el fallido discurso dominante de la década de 1990, los grupos de poder asociados a las derechas políticas reforzaron los imaginarios legitimadores de sus programas de gobierno a través del abandono de los partidos tradicionales y la proyección de utopías sociales asentadas en programas con elementos retrotópicos. Esta nueva realidad ofreció relativa legitimidad a un esencialismo ligado a la nación, pero vinculado a la conocida agenda de retracción del Estado y avance del mercado como mecanismo de asignación de recursos. De esta forma, el *neoliberalismo autoritario* fue canalizado por medio de la refundación de partidos de ultraderecha, fortalecidos por narrativas autorreferenciales a través de las cuales se identificaban como «actores antisistema». Su aparición respondió, pues, a la creciente desafección social, la desconfianza por los mecanismos tradicionales de participación, y una contundente crisis de globalización (Sanahuja, 2018).

De modo análogo, la historia política reciente de Brasil constituye un claro ejemplo de lo sucedido en la región. Tras el modelo de desarrollo híbrido de los gobiernos de la década de 1990 —orientado por la liberalización económica y el ajuste estructural en pro de una modernización productiva—, el empeoramiento de las condiciones de vida de las clases populares frente a los efectos de la globalización asimétrica concedió legitimidad al fomento de estrategias neo y social-desarrollistas durante los gobiernos del Partido de los Trabajadores. No obstante, la compatibilidad entre las políticas en materia de inclusión social en el seno del ciclo hegemónico liberal encontró sus límites poco después de la crisis financiera de 2008, al verse combinadas, por un lado, la reprimarización productiva de la economía incentivada por el modelo, y, por el otro, el drenado de la principal fuente de recursos del Estado brasileño como fruto del fin del auge de los precios de las materias primas. Consecuentemente, el periodo de transición e incertidumbre de los gobiernos de Dilma Rousseff y Michel Temer reflejó el proceso de crisis de los imaginarios en pugna durante las décadas

previas, abriendo el camino al fortalecimiento doméstico del internacionalismo reaccionario (Sanahuja y López Burian, 2020).

Por supuesto, esta situación se vio también plasmada en las relaciones internacionales del país. A lo largo del periodo 2003-2016, la política exterior del gobierno petista se vio orientada hacia iniciativas de integración regional y una apuesta por profundizar sus vínculos con el Sur Global, replicando una política doméstica inclusiva hacia actores tradicionalmente relegados en un intento por convertirse en un *primus inter pares*. Ello generó un cisma al interior de la cartera del Ministerio de Relaciones Exteriores, donde se acusó a la diplomacia presidencial de Lula da Silva de *politizar* materias de Estado. Tales críticas se recrudecieron sobre el final del gobierno de su sucesora, Dilma Rousseff. Adelantándose a lo que vendría, tanto durante su gobierno como durante la gestión de Michel Temer, la defensa discursiva de Brasil como socio del Sur entró en cortocircuito con el paulatino restablecimiento de las relaciones bilaterales del país con los socios tradicionales del Norte.

Esta tendencia se vio profundizada tras el proceso electoral del año 2018. Integrada en una red global de ‘nuevas derechas’ autoritarias, la cosmovisión del gobierno de Jair Bolsonaro, presidente de Brasil durante el periodo 2019-2022, consintió una transformación profunda del accionar de su país. Su ambigua retórica certificó el éxito doméstico del *internacionalismo reaccionario*, basado en la defensa de la tradición ultranacionalista y soberanista frente a la democracia, la globalización, el regionalismo, el multilateralismo y el orden liberal internacional (Sanahuja y López Burian, 2020). Más aún, valiéndose del utopismo reaccionario neoconservador, el ideal de recuperación de los valores occidentales ofreció una línea de compatibilidad a la multiforme alianza política que sostuvo al gobierno en el poder.

Inmerso en este marco de referencia, este artículo tiene como objetivo analizar el cambio de rumbo de la política exterior de Brasil en el periodo 2003-2022. Ello implica observar la transformación sufrida por la acción internacional del país, de una posición de defensor del Sur Global, a otra de adalid de Occidente. A este fin, en este debate se entiende al binomio Sur Global – Occidente como estrategias discursivas que aluden a proyectos antagónicos de inserción internacional, asentados en imaginarios utópicos opuestos de la cosmovisión internacional brasileña, en cuya crítica se postula a su antítesis como distopía. En su seno, las narrativas apelan a momentos fundacionales diferentes para enfatizar una identidad internacional de Brasil (Crescentino, 2021) como paladín de un Sur Global diverso, o como defensor de un Occidente cristiano y civilizado. Para este fin, esta propuesta se valdrá de la triangulación de información ofrecida por fuentes primarias —documentos y discursos oficiales de la presidencia y del ministerio de Relaciones Exteriores— y secundarias —análisis de publicaciones académicas—.

Con ello en mente, se hará una introducción teórica, a través de la cual se aborda genealógicamente el pensamiento utópico en la disciplina de las Relaciones Internacionales y el campo del Análisis de la Política Exterior. Posteriormente y sobre esta

base, serán definidas dos estrategias discursivas, que aluden a proyectos antagónicos de inserción internacional asentados en imaginarios utópicos opuestos, y que han guiado a la cosmovisión brasileña de la realidad internacional en las dos primeras décadas del siglo XXI: el Brasil del Sur Global y el Brasil de Occidente. A modo de cierre, se trazarán algunas reflexiones finales, destacando el rol que cumplen ambas representaciones en la proyección doméstica e internacional de Brasil de cara al periodo de gobierno que inició en 2023. Se entiende que ambas cosmovisiones tienen su origen en la tradición de pensamiento internacional de Brasil, pero incorporan, además, variables que remiten a proyectos utópicos transnacionales.

## 2. UTOPIÁ, RELACIONES INTERNACIONALES Y POLÍTICA EXTERIOR

En tanto que disciplina, las Relaciones Internacionales nacieron de pensar la utopía de un proyecto global en el seno del ocaso de la primera globalización. En el marco de la experiencia vivida durante la Primera Guerra, las potencias vencedoras definieron, a través de un universalismo cosmopolita, tanto las representaciones sociales como las reglas de juego de la sociedad internacional que se abría paso en el seno del periodo post-conflicto. Al procurar sistematizar este ideal, los Catorce Puntos pronunciados por el presidente Woodrow Wilson en 1918 encarnaron el horizonte de expectativas de las relaciones internacionales *à la americana* de su era, enmarcando lo que posteriormente fue definido como el pensamiento utopista de la disciplina.

Inspirada en el espíritu del humanitarismo liberal (Booth, 1991, p. 528), la Cátedra de Política Internacional fue fundada en el campus de Aberystwyth de la Universidad de Gales (1919) para estudiar los problemas originados en el orden internacional desde los aportes del derecho, la política, la ética y la economía. La misma tuvo como objetivo generar (y ofrecer a los Estados) un conocimiento instrumental para la paz y en pro de la prevención de nuevos conflictos. Esta voluntad permitió ofrecer herramientas tanto a nivel doméstico, en el seno de las políticas exteriores de los países; como en la configuración de un gobierno internacional, ayudando a dar forma al primer organismo multilateral de aspiraciones globales: la Sociedad de Naciones.

Diecisiete años después de este acto fundacional, Edward H. Carr asumió en 1936 el rol de director de la Cátedra, que desde 1922 fue titulada «Woodrow Wilson». Contrario a lo que se esperaba de su tarea, el historiador británico ofreció una intensa crítica al carácter filosófico-normativo de la nueva disciplina. A través de su obra más reconocida, *La crisis de los veinte años (1919-1939)*, señaló tanto a la tradición utópica dominante en el pensamiento intelectual occidental<sup>1</sup>, como a la

---

<sup>1</sup> De manera análoga a la comprensión de Mannheim, Nicholson (1998, p. 66) define al utopismo internacionalista como «toda visión de que se puede producir un cambio radical en el sistema internacional mediante un conjunto de decisiones políticas».

práctica diplomática derivada y su principal producto, la Sociedad de Naciones. De esta forma, a la par que dictó la sentencia de muerte del utopismo como tradición intelectual respetable (Porter, 1989), sus reflexiones en este espacio colaboraron con la formación del mito fundacional, reproducido hasta nuestros días, sobre el primer gran debate disciplinar entre realistas y utopistas<sup>2</sup>.

Profundamente influenciado por la sociología del conocimiento de Mannheim, Carr dedicó en esta obra una reflexión introductoria al proceso evolutivo del conocimiento científico. De manera similar a la distinción entre pensamiento político congruente e incongruente formulada por el sociólogo húngaro, destacó que todo campo de investigación transitaba, naturalmente, desde una fase inicial de elaboración de proyectos utópicos para la consecución de fines, hacia un realismo atado al terreno de la acción, donde priman el estudio de los hechos y el análisis de causas y efectos. Con todo, arguyó que, a diferencia de lo que ocurre en las Ciencias Naturales, los estudios de las Ciencias Sociales nunca debían emanciparse del utopismo. Por el contrario, estas debían ser capaces de combinar el propósito o fin con la observación y el análisis de la realidad.

Aplicado al estudio de las relaciones internacionales, ello implicó, según el autor, que el objetivo que dominó a los pioneros de este campo fuese el deseo apasionado de impedir la repetición de la guerra a través de un gobierno mundial, dejando de lado la crítica analítica a los medios propuestos. En este sentido, el plan de seguridad colectiva en el orden internacional no estaba respaldado por los mecanismos a través de los cuales este funcionaría, sino por las advertencias sobre las desastrosas consecuencias de su fracaso. Naturalmente, solo el curso de los acontecimientos reveló la improcedencia de la aspiración como base de este conocimiento, e hizo posible a sus intelectuales embarcarse en un pensamiento analítico sobre los problemas internacionales (Carr, 2004, p. 41).

Con todo, como señala Brincat (2009, p. 591) la crítica de Carr se dirigía, principalmente, a la tesis de la «armonía de intereses» en tanto que recurso diseñado por los Estados poderosos para ampliar su posición privilegiada en el sistema mundial, y no al imaginario utópico *per se*. Como consecuencia, el autor británico no resolvió el contraste entre utópicos y realistas a través de la defensa de la superioridad de

---

<sup>2</sup> A lo largo del siglo xx, esta lectura fue fuertemente objetada por pensadores de la Escuela Inglesa de la disciplina, quienes acertadamente arguyeron que tal caracterización encarna una simplificación rígida y excesiva del pensamiento internacionalista durante el periodo fundacional, generada en su proceso de auto-constitución como campo de conocimiento (dando curso al mito, con ello, del llamado primer debate de las Relaciones Internacionales). Para lecturas contemporáneas sobre este tema, véase Osiander (1998), Wilson (1998, 2003), Ashworth (1999, 2002, 2006) o Schmidt (1998, 2002). Sin embargo, estas reflexiones no excluyen que la disciplina se haya visto institucionalizada en el marco del interés de los aliados de la Primera Guerra en generar un proyecto ideal de cosmopolitismo global, formulado a partir de la universalización de sus valores, factor que define el núcleo del argumento de Carr.

una lectura sobre otra, como la mayor parte de sus lectores ha defendido. Por el contrario, el dilema entre considerar la política en función de la ética —la aspiración de un mundo sin guerras— y la ética en función de la política — el reconocimiento del poder como determinante de las relaciones— debía ser resuelto a partir de una combinación equilibrada entre ambos factores. Su apuesta buscaba así evitar caer tanto en la ignorancia de lo que fue y es en detrimento de lo que debería ser —idealismo—, como en la aceptación de las fuerzas existentes como inevitables y la esterilización escéptica del pensamiento —realismo—.

Sobre este punto de partida, en sus primeras décadas de vida, la disciplina de las Relaciones Internacionales ofreció un escenario intelectual capaz de brindar un fundamento *a priori* y formular explicaciones *ex post* en torno a la transformación de lo que era y debía ser lo internacional. Sin embargo, fruto de su condición de conocimiento ligado a los Estados, reprodujo también el énfasis estatista, racionalista e individualista de sus disciplinas matrices, la Historia diplomática y el Derecho Internacional. A lo largo del denominado primer debate, ello se vio reflejado tanto en los objetos de estudio del idealismo utópico —ideales y normas— como en las del realismo clásico —poder e interés nacional—.

De este modo, a pesar de la voluntad de sus autores por brindar herramientas para la comprensión de las dinámicas globales, ambas perspectivas mantuvieron su foco de interés en el estudio de las políticas exteriores de los países como producto racional de la exteriorización unívoca del interés nacional del Estado —independiente de su política doméstica—, restringida por sus capacidades materiales —principalmente militares y económicas—. En última instancia, la política exterior parecía determinada por la estructura del sistema, en el sentido de que encarnaba la causa del equilibrio de poder en la lucha de los Estados por la supervivencia en el sistema anárquico internacional (Morgenthau, 1952, p. 972). Por supuesto, ello cedió nulo espacio a investigaciones centradas en el peso del pensamiento utópico *per se* sobre estas relaciones.

Ahora bien, a pesar de las reflexiones de Carr en torno a los riesgos de dejar de lado los fines en el estudio de lo internacional, los acontecimientos de la Segunda Guerra acarrearón a la necesidad de dar preferencia a perspectivas teóricas alternativas. La lectura limitada al deber ser, el fracaso de la propuesta de gobierno internacional para evitar el estallido de nuevos conflictos, y la vinculación del utopismo con proyectos políticos totalitarios, como el fascismo o el nazismo, adelantaron una interpretación, sin reservas, de la sentencia del utopismo y el triunfo del realismo como efecto natural del proceso de maduración de la disciplina. El periodo fundacional del nuevo orden internacional incorporó, así, los ideales del utopismo liberal a la agenda política y epistemológica profundamente anti-utópica (Galston, 2010) marcada por el auge realista.

De esta manera, la fundación de la Organización de las Naciones Unidas, con sede en Nueva York, comprendió un diseño que procuró evitar los errores de la

Sociedad de Naciones, reconociendo una estructura internacional que admitía la igualdad jurídica entre Estados, pero que también contemplaba las diferencias jerárquicas de poder entre ellos. Esto último fue asumido a través del Consejo de Seguridad, en el cual las potencias podrían desplegar su preeminencia por medio de dos prácticas: primero, al ejercer su poder de arbitraje político, y segundo, al confeccionar políticas de coerción toda vez que un Estado infractor quebrantara la paz y la seguridad colectivas. Solo de esta manera se encontró un equilibrio entre las dos corrientes de pensamiento de las relaciones internacionales en boga: los principios del idealismo wilsoniano y el pragmatismo del realismo clásico (Sanz Díaz, 2009, pp. 475-478).

Al encontrarse convenientemente ligada a las esferas gubernamentales, la escuela de pensamiento realista procuró mantener su primacía disciplinar, redefiniendo la concepción transformadora y rupturista del orden de la utopía en términos de una designación lingüística negativa. En última instancia, parafraseando a Mannheim (1987), ello permitió a los representantes del orden dado definir lo posible e imposible en el seno de la política mundial, evitar un cuestionamiento de sus presupuestos, reafirmar la carencia de alternativas y desacreditar cualquier idea o iniciativa novedosa. No obstante, a diferencia de la caracterización del teórico húngaro, el concepto «utopía» evolucionó en el discurso político cada vez más ligado a su tradicional opuesto funcional, el término «ideología», que pronto fue desarrollado como otro mecanismo de deslegitimación de alternativas políticas y epistémicas.

Así, mientras que los esfuerzos por restaurar el rol y la reputación del utopismo en la teoría y la práctica de las relaciones internacionales no retornaron hasta finales del siglo xx con la configuración de iniciativas como el ‘utopismo responsable’ o el ‘realismo utópico’ (Booth, 1991, pp. 535, 527), la investigación de lo internacional centrada en los fines halló nuevos derroteros en nuevos campos. Entre ellos, las principales tendencias se vieron plasmadas en los estudios de paz y cooperación desde 1950 (Nicholson, 1998) —incluyendo los movimientos antinucleares de 1970—, la crisis climática y medioambiental desde 1970, y los derechos humanos universales desde 1990 (Moyn, 2010). No obstante, las pesquisas centradas en el Estado y el sistema internacional cedieron poco espacio a exploraciones de factores ideacionales, descartando de plano las agendas centradas en las utopías y las representaciones sociales en la construcción de lo internacional.

De manera paralela, los factores normativos e ideacionales, superficialmente abordados por el utopismo, fueron incorporados para el análisis de otros objetos de estudio. Un paso importante para ello fue la propuesta de Snyder, Bruck y Sapin (1954), quienes, a la luz de la influencia de la teoría de los sistemas de Easton (1953), se dedicaron al estudio de los procesos de toma de decisiones. Este acento consintió la cristalización de una distinción analítica entre política internacional, concentrada en explicar los resultados de la interacción entre los Estados a nivel sistémico, y política exterior, dedicada a analizar el comportamiento doméstico de los



Estados, sus objetivos y las formas de implementarlos externamente (Lima, 2013, p. 130). Tal diferenciación dio cauce a la consolidación de un área de estudios relativamente autónoma, con un análisis más complejo que la mirada estatista de la Ciencia Política, pero a su vez más centrada en la agencia que las Relaciones Internacionales. A partir de entonces, los diferentes espacios profundizaron un acercamiento teórico en torno a los distintos niveles de análisis internacional formulado por Kenneth Waltz (1959): el actor (no siempre) racional tomador de decisiones (Análisis de Política exterior), el Estado (Ciencia Política) y el sistema internacional (Relaciones Internacionales).

Así, a la luz del auge de los estudios empíricos en las Ciencias Sociales, la búsqueda de métodos científicos que permitieran revelar los patrones de comportamiento de los Estados, generar teorías explicativas y predecir fenómenos en el sistema internacional devino una prioridad en el contexto de la Guerra Fría. Frente a tal exigencia, la perspectiva holística del realismo estructural de Kenneth Waltz (1959; 1979) se tornó dominante en la disciplina, al ofrecer una teoría sistémica capaz de explicar las fuerzas globales —siendo la anarquía internacional el principio rector de las relaciones internacionales— a las cuales estaban sujetas las unidades —los Estados, en una estructura de auto-ayuda—.

Por supuesto, las investigaciones con el eje puesto en el análisis de los actores y las variables domésticas que intervienen en la formulación de políticas exteriores mantuvieron el fuerte sesgo cientificista del conductismo de la Ciencia Política, pero evolucionaron por intermedio de otras lecturas. Este tratamiento habilitó el surgimiento de teorías mayormente explicativas, a través del desarrollo de categorías y variables tipológicas intervinientes en los procesos de decisión. Tales aportes fueron centrales para desagregar la configuración monolítica del Estado, y problematizar, con ello, las negociaciones domésticas en la toma de decisiones en política exterior, desdibujando su lectura autónoma. Empero, así como la lectura sistémica exageraba el impacto de la estructura al entender a la política exterior como determinada, estos aportes se centraron excesivamente en los procesos de toma de decisiones como determinantes (Smith, 1986, pp. 14-16).

Frente a ello, el énfasis de la existencia de relaciones de cooperación que fueran más allá de las relaciones de competencia y conflicto estudiadas por los realistas ofreció algunas pautas para integrar los aportes del Análisis de Política exterior a los debates de las Relaciones Internacionales. Inmersos en el contexto del debate conductista, autores como Ernst Haas y Karl W. Deutsch exploraron la influencia de los valores compartidos en la conformación de comunidades políticas nacionales y transnacionales desde un enfoque centrado en el cálculo utilitario de los actores.

Esta concepción adelantó parcialmente la comprensión, propuesta por la escuela pluralista en el seno del tercer debate disciplinar, de la política exterior como resultado de una compleja red de interacciones interdependientes. Así, la transnacionalización y la interdependencia compleja redirigieron el debate hacia una nueva

serie de temas, actores y escenarios en la política mundial (Tomassini, 1988, pp. 511-513), que debían ser analizados para alcanzar una mejor comprensión de la política exterior. Ello implicó un reconocimiento inicial de las ideas, creencias y percepciones como variables. Todos estos factores fueron reconocidos como agentes dinámicos en competencia por medio del uso de recursos de poder (Keohane y Nye, 1977) que iban más allá de la noción tradicional del interés nacional. A la postre, tal elucidación coadyuvó, por un lado, a la superación del mito del Estado como una caja negra en la conducción de las relaciones exteriores, y, por el otro, a desdibujar la frontera entre política doméstica y externa.

A pesar de su rol en esta transformación analítica, a mediano plazo, las lecturas pluralistas tendieron a enfatizar una mirada global sobre la política exterior, en la cual las estructuras domésticas perdieron peso en detrimento de los regímenes internacionales (Haggard y Simmons, 1987). Más aún, esta noción desdibujó parcialmente la propuesta sistémica realista en torno a la existencia de una estructura anárquica por naturaleza y un tipo primordial de instituciones específicas en su seno. Sin estructura ni instituciones definidas, el dinamismo de este nuevo entorno transnacional fue reinterpretado como resultado de las interacciones entre sus múltiples y diversos actores, tornando compleja la tarea de separar lo efímero de lo estructural, y lo intencional de lo incidental (Hill, 2003, p. 193).

De manera paralela a estos desarrollos y sin ofrecer una crítica orgánica al racionalismo imperante, la Escuela Inglesa de la Sociedad Internacional pretendió disputar desde la década de 1960 un lugar intermedio entre las perspectivas dominantes. A través de sus postulados, intelectuales como Hedley Bull o Martin Wight trazaron una genealogía de la estructura normativa internacional, su funcionamiento y su evolución histórica desde sistemas a sociedades internacionales, y de estas a una sociedad global. Por medio de esta relectura, establecieron como piedra fundacional de la sociedad internacional el paso europeo de la *ratio pastoralis* a la *ratio gubernatoria*<sup>3</sup>, simbolizada por la concentración del poder concertada en la Paz de Westfalia de 1648. La historia de las relaciones internacionales fue entendida, así, como la historia de la universalización del sistema europeo por sus beneficios inherentes (Bull, 2012, p. 20).

Esta definición se asentó sobre la base de que, a pesar de la existencia de comunidades políticas previas en otras partes del mundo, para los intelectuales de la Escuela Inglesa la clave del surgimiento de un sistema político mundial se había dado por medio de la expansión del sistema europeo de Estados, a partir del proceso de conquista, colonización y, sobre todo, descolonización (Bull y Watson, 1984).

<sup>3</sup> Esto es, la transformación de la comunidad cristiana medieval de rivalidades imperiales dinásticas (el sistema bicéfalo de gobierno entre la iglesia católica y las alianzas entre príncipes) en un sistema de Estados soberanos modernos con competencias interestatales (véase Foucault, 2008, p. 225).

Ello no implicaba negar que, en su contacto con Asia, los europeos ya hubiesen integrado sociedades internacionales con principios similares a los presentes en las relaciones intra-europeas. No obstante, con la reformulación de la doctrina del derecho natural realizada por los teóricos contractualistas durante el siglo XVIII, la fundación del derecho positivo condujo a una transformación del sistema legal.

A través de tal metamorfosis, las leyes pasaron a ser válidas solo cuando se asentaban sobre un acuerdo pactado entre iguales. Frente al conflicto enunciativo —esto es, ¿cómo se determina quiénes son ‘iguales’ fuera de Europa?—, las potencias europeas asumieron la potestad para conceder el estatus legal de países a entidades políticas extra-europeas (Alexandrowicz, 1961). La enunciada superioridad civilizatoria se transformó, así, en superioridad jurídica, dando lugar a dos tipos de derecho internacional: un derecho intra-orden, practicado por las naciones europeas, y un derecho inter-orden, que correspondía a las relaciones de los europeos con el resto del mundo. Entre finales del siglo XIX y principios del XX, esta alteración fue codificada como el *estándar de civilización* (Gong, 1984): para ser aceptados en la familia de las naciones, los nuevos países debían ser civilizados, y solo adquirirían tal prerrogativa al ser reconocidos por los demás Estados miembro de la comunidad de naciones civilizadas (Peñas Esteban, 2019, p. 190).

De este modo, a partir de su interés en la dimensión histórica de las relaciones internacionales, la Escuela Inglesa postuló a la sociedad internacional como resultado de la autopercepción de los intereses y valores comunes de los Estados europeos para conformar una institucionalidad colectiva (Bull, 2012, p. 61), asentada en un sustrato cultural y civilizatorio compartido. Tal énfasis adelantaba, en parte, a) la presencia de un factor ideacional en las relaciones internacionales, moldeada a través de una base cultural o «civilizatoria» común (Wight, 1977, pp. 33-39), b) la concepción de que tal factor resultaba central para la cohesión interna de una sociedad internacional construida a partir de los valores de Occidente, y c) el sometimiento al estándar europeo de civilización por aquellos actores no occidentales que quisiesen integrarse a ella, transformándola, a partir de los procesos de descolonización, en una sociedad global (Aimé González, 2019). Así, pese a que la Escuela Inglesa colaboró con la reificación del Estado moderno, el sistema anárquico de Estados, y el ideario teleológico liberal que postulaba a Occidente como axioma de la civilización, sus miembros no ignoraron los desafíos prácticos y éticos de la expansión del surgimiento histórico de la sociedad internacional.

Este factor resultó también central ante la irrupción de nuevos actores del Tercer Mundo en el escenario internacional a lo largo de la segunda parte del siglo XX. Con su presencia, nuevos temas fueron integrados a la agenda de la disciplina desde una posición crítica, que ampliaba la lectura de la Escuela Inglesa desde el otro lado de la diferencia colonial<sup>4</sup>. Frente a la narrativa teleológica lineal del estándar

<sup>4</sup> Entendida en términos de Mignolo (1999).

europeo de civilización, las dificultades estructurales para alcanzar el desarrollo de los países otrora coloniales comenzaron a ganar peso como temática de interés en sus academias. Asentados en una lectura transformadora y crítica que integraba la metodología del materialismo histórico de Marx, la tesis Hobson-Lenin de la expansión imperial europea como quinta fase del sistema capitalista monopólico, y los estudios sobre el patrón de dominación histórico / ideológico que postulaba el principio de hegemonía de Gramsci, los enfoques estructuralistas también irrumpieron en el tercer gran debate disciplinar.

A partir de sus postulados, las diversas propuestas analíticas encerradas bajo este paradigma buscaron hacerse eco de la fractura Norte-Sur de las relaciones internacionales, en un contexto en el cual las perspectivas dominantes se centraban en el determinismo de las relaciones Este-Oeste. La prioridad retomó, con ello, el estudio del sistema internacional desde una perspectiva histórica, con el objetivo de desvelar y alterar la naturaleza de las relaciones de dominación a nivel internacional. En efecto, al mantener su foco de interés en la formulación de una teoría explicativa del sistema internacional centrada en el análisis de las capacidades materiales de dominación, el estructuralismo relegó a un nivel secundario el análisis de factores ideacionales. No obstante, ello no significó que no haya conseguido desdibujar parcialmente la narrativa del sistema internacional de la Escuela Inglesa y su mistificación del Estado moderno occidental, identificando en su denuncia continuidades entre el sistema internacional imperial y el sistema de Estados westfaliano, y proponiendo mecanismos para superarlas. A la par, esta escuela de pensamiento colaboró con la cristalización de la utopía tercermundista de un sistema internacional alternativo, posteriormente adoptada bajo el concepto de Sur Global.

Todos estos factores se integraron, de manera paralela al fin de la Guerra Fría, a una nueva gran revolución disciplinar de las Relaciones Internacionales. Con el advenimiento de su cuarto gran debate, los enfoques reflectivistas añadieron una serie de variables que, si bien habían sido parcialmente consideradas previamente, no habían adquirido el mismo peso ni habían sido sistematizadas analíticamente. El conjunto de investigaciones surgidas desde estas perspectivas expuso la necesidad de ir más allá del determinismo sistémico y de la teoría de la acción racional. En efecto, los aportes pospositivistas observaron que el lenguaje —discursos y narrativas—, las ideas —e identidades— y los valores —normas socializadas— median las interacciones sociales. En tal sentido, el foco se trasladó al análisis de los factores que atraviesan la construcción de la política internacional más allá de —y asignando un significado a— las capacidades materiales clásicas.

Este acercamiento ha permitido incorporar a la disciplina ciertas reflexiones acerca del rol que ocupan las representaciones sociales en los diferentes proyectos políticos, y rebatir, con ello, algunas de sus narrativas fundacionales. Como fue mencionado previamente, el orden narrativo de la Escuela Inglesa, construido *ex-post facto* para asignar a la disciplina una coherencia lógica (Kratochwil, 2007, p. 27),

ofrece una interpretación en la cual las prácticas institucionales, discursivas y, sobre todo, valorativas europeas son representadas como el futuro. Frente a ella, las prácticas no occidentales han sido despojadas de toda validez por su barbarismo religioso (siglos xv-xvi), cognitivo (siglos xvii-xviii), evolutivo (siglo xix), su subdesarrollo, o, finalmente, su fragilidad democrática (siglos xx-xxi). A la postre, cuando los modelos trazados por el estándar de civilización fracasan, las explicaciones encuentran los motivos de ello en las tendencias endógenas de sus sociedades, incapaces de superar el estado de inmadurez y progresar (Fonseca y Jerrems, 2012, p. 111).

Tal teleología de progreso no niega la igualdad de los pueblos ni su capacidad para alcanzarlo, pero actúa a través de un imaginario trazado por medio de una jerarquía civilizatoria. Dominados por la excepcionalidad europea, los imaginarios sociales sobre lo internacional dan significado a los constreñimientos de las estructuras y las acciones de los actores, constituyendo y delimitando lo pensable y lo impensable, lo posible y lo deseable, la realidad y la utopía (Peñas Esteban, 2012). Sin embargo, estos imaginarios no son campos estáticos. Por el contrario, su formulación se da en un escenario dinámico en constante conflicto, afectando y transformando las relaciones internacionales ideacionales y materiales. Con ello, pese a que la democracia, la soberanía, el buen gobierno y los derechos humanos han sido construidos a partir de la experiencia liberal europea (Gruffydd Jones, 2006, p. 7), ello no niega que estas construcciones puedan integrar proyectos políticos no europeos, ni que sean reformadas por otras propuestas. De hecho, a través de estrategias de resistencia y mimetismo, los actores del Sur Global han jugado un rol significativo en su expansión y transformación. Tal accionar permitió alterar las diferentes configuraciones institucionales y discursivas que impregnaron lo internacional a lo largo del siglo xx, afrontando una profunda renovación en las primeras dos décadas del siglo xxi.

En efecto, esta transformación dinámica tiene lugar a través de una pugna constante que se da en el seno de los tres niveles de análisis sistematizados por Peñas Esteban (2019) en su relectura crítica de la Escuela Inglesa. En primer lugar, en la construcción del imperativo del bien superior a través de la lógica homogeneizadora de la *razón de Estado*, que se manifiesta tanto a nivel doméstico, como en las relaciones con otros Estados. En segundo lugar, en los desafíos sistémicos, es decir, las resistencias y revoluciones propias en la *razón europea de sistema*, asentadas sobre una línea histórica compartida y, por ende, basada en un acuerdo básico en torno a ciertas instituciones y pautas de comportamiento. Y, en tercer lugar, en los desafíos externos, derivados del encuentro con el *Otro radical*. Esto implica, en otras palabras, los efectos de la expansión del *estándar de civilización*, en cuyo contacto lo extraño es aprehendido a partir de los procesos de conquista —y la propagación de la civilización, del progreso y del desarrollo material y espiritual— o dominación —remitiéndose a la desigualdad natural humana y al derecho del más fuerte—.

Así pues, el pensamiento utópico se manifiesta y se ve reconfigurado dinámicamente en las lógicas de los tres niveles de análisis reseñados. Estas visiones (Jameson, 1971, p. 173) son intrínsecas al discurso político, pues toda posición incorpora estímulos creativos para inspirar y motivar el cambio, transgredir los sistemas existentes, abrir nuevos espacios conceptuales, y alcanzar, así, lo que se entiende por «buena vida» (Brincat, 2009). En última instancia, los horizontes de expectativas producen trasfondos de posibilidades para que los tomadores de decisiones interactúen con sus entornos, articulen intereses, y definan prioridades sobre lo que debe hacerse.

En el ámbito internacional, ello adquiere materialidad a través de prácticas performativas concretas: las políticas exteriores. A través de este concepto, se hace referencia al mecanismo de articulación de prácticas retóricas y conductuales asentadas en la interacción entre los ámbitos doméstico y externo. Se trata, además, de la única política pública cuyo foco de atención se dirige, primordialmente, a la generación e implementación de directrices de acción en el entorno internacional (Milani y Pinheiro, 2013). En tanto que política pública, estas se ven configuradas como resultado de un proceso de negociación entre una multiplicidad de actores, estructurados de manera compleja a través de una red poliárquica de toma de decisiones (Salomón y Pinheiro, 2013, p. 41). No obstante, tal interacción es mediada formalmente por los poderes ejecutivos, que ocupan un rol central en la conciliación de intereses. En síntesis, las políticas exteriores expresan retóricamente y conductualmente la síntesis del choque entre los múltiples proyectos políticos de los agentes de una sociedad, sus experiencias vividas y horizontes de expectativas.

Ahora bien, a pesar de las embrionarias lecturas de quienes buscan incorporar los aportes de los Estudios Utópicos a las Relaciones Internacionales, el pensamiento anti-utópico es aún dominante en la política internacional contemporánea. Procedente de la segunda Guerra Mundial, reforzado con el fin de la Guerra Fría, y retomado por el neoconservadurismo contemporáneo tras el atentado contra las torres gemelas del 11 de septiembre de 2001, el vínculo entre utopías y totalitarismos permanece vigente en el imaginario internacionalista. Irónicamente, parafraseando a Levitas (2007), esta actitud es llevada a cabo desde un utopismo anti-utópico que reivindica para sí el pragmatismo político. Ello implica la capacidad de rechazar los desafíos y las alternativas políticas bajo la etiqueta de «utópicas» e «ideológicas», al tiempo que las concepciones sobre la buena sociedad y las actitudes expansionistas propias son situadas más allá del escrutinio (Levitas, 2007, p. 298).

Desde el punto de vista epistémico, tal cosmovisión es aún asistida por la vertiente contemporánea del realismo político. No obstante, como señala Brincat (2009, p. 585), el punto de partida de esta escuela de pensamiento no ha sido capaz de dar respuesta a una de las contradicciones ya presentes en el realismo clásico: el hecho de que su caracterización de lo posible y lo imposible carece de todo fundamento empírico. Tal miopía, ya reprochada por la teoría crítica de la disciplina a

comienzos de la década de 1980, es resultado de su negación ontológica de la posición relativa de los actores en el sistema mundial. Y es que, en última instancia, lo que un grupo dominante considera irrealizable, puede constituir no solo una posibilidad para los grupos periféricos antagonicos, sino, también, una necesidad absoluta para la transformación de la comunidad a largo plazo (Horsburgh, 1956, p. 133).

En definitiva, esta parvedad conlleva tanto a la impugnación de la condición relacional y antagonica del imaginario utópico que entraña todo proyecto político, como del rol que tiene el factor ideacional en la formación de la voluntad de los agentes para inspirar un cambio (Brincat, 2009, p. 585). Empero, la utopía es, a la vez, tanto política, al ofrecer soluciones políticas a problemas políticos; como anti-política, en el sentido de que incorpora una noción de bien común en el diseño de los mundos que describen que es crítica y se propone trascender el orden de las cosas existente en determinada época (Ingram, 2017).

Retomando a Carr (2004, p. 37), se entiende que «el pensamiento político es en sí mismo una forma de acción política», pues todo juicio «ayuda a modificar los hechos en los que se basa». Así pues, más allá de clasificar las experiencias en utópicas o no utópicas, examinar los aspectos utópicos de las formas culturales de las sociedades permite analizar su capacidad para encarnar sus esperanzas hacia lo que entienden por la búsqueda de un mundo transformado (Levitas, 2000, p. 27). Con ello, se hace necesario recuperar la utopía como herramienta heurística, a fin de comprender, a través de ella, las fuentes teóricas e históricas de legitimación y deslegitimación arraigadas en los proyectos políticos en pugna en la actualidad. Sobre esta base, los siguientes apartados abordarán el análisis empírico de los imaginarios utópicos antagonicos manifestados por la coyuntura política brasileña contemporánea, y las proyecciones realizadas, a partir de ellas, en materia de política exterior.

### 3. BRASIL, NEOLIBERALISMO Y SUR GLOBAL

Tras la caída de la Unión Soviética, el triunfo del modelo de redemocratización liberal ligado al libre mercado y al achicamiento del Estado fomentado por el Consenso de Washington ejerció una manifiesta influencia en América Latina. Así pues, los movimientos de izquierda de la región afrontaron el fin de una era que había iniciado con la revolución cubana de 1959, y cuya propuesta sistémica se había consolidado a través de la denuncia estructuralista sobre la naturaleza asimétrica de las relaciones internacionales y su utopía tercermundista por un mundo alternativo. Como contrapartida, la transformación de sus estrategias políticas a lo largo de la década de 1990 conllevó la necesidad de combinar a una gran diversidad de agendas —la raza, el género, el acceso a los bienes y servicios, el uso de la tierra, el cuidado del medio ambiente, entre otras—, sintetizando una heterogénea variedad de experiencias políticas amalgamadas bajo el concepto paraguas de la «nueva

izquierda». A nivel doméstico, estas propuestas se tradujeron en un reformismo alternativo al modelo neoliberal que, sin renunciar a la economía de mercado y la democracia representativa, prometía una profundización de la democracia (Rodríguez-Garavito, Barrett y Chavez, 2008).

De manera paralela, las estrategias de inserción internacional de estos países atravesaron dos caminos relacionados pero independientes entre sí. A nivel regional, la transición del viejo regionalismo cepalino, propio del contexto de la Guerra Fría, al modelo abierto del periodo neoliberal, y, de este, al posliberal. Por medio de esta última vía, los dirigentes de «la nueva izquierda» adoptaron iniciativas orientadas por la voluntad de generar un espacio de conciliación de intereses que fuera más allá de la hegemonía norteamericana y la primacía de lo económico, incrementando los niveles de autonomía de la región (Leone, 2016). Esta propuesta se vio acompañada, a nivel global, por la metamorfosis del movimiento tercermundista, fuertemente conectado con la lógica bipolar, hacia la fundación del «Sur Global», propio de la globalización (Crescentino, 2019).

Así pues, en una propuesta consolidada a partir de la razón sistémica europea, la lectura geopolítica en torno al concepto de «Sur Global» parte de la caracterización relacional y antagónica del mundo que entraña todo proyecto político a la hora de definir lo que se es y diferenciarse de lo que no se es, pero no sólo no representa una amenaza para el estatus quo del sistema internacional, sino que legitima su narrativa. Y es que, coincidiendo con Altınbas (2013, p. 30), es posible que el Sur sea un constructo occidental vinculado a una ideología emancipadora profundamente arraigada en los valores de la ilustración europea. En este sentido, a pesar de no ser la única lectura sobre el concepto<sup>5</sup>, se entiende al Sur Global como una práctica discursiva, política, relacional y social en virtud de la lucha entre la retórica de la modernidad —combinada con la lógica de la colonización—, y la disputa política y cognitiva por la emancipación.

A partir de esta noción, las ideas antiimperialistas, anticoloniales y antirracistas postuladas en la Conferencia de Bandung, el Movimiento de No Alineados, el Tricontinentalismo cubano y la pujanza del G77 por un Nuevo Orden Económico Internacional (1974) resultan centrales, pero no dejan de lado el reconocimiento de un sistema interestatal organizado en centros y periferias. Sin abandonar estas denuncias de carácter estructural, el Sur Global contempla en su seno una designación simbólica polifacética con implicaciones políticas, económicas, sociales y ambientales. Aborda, así, los efectos negativos de la globalización asimétrica, y avanza hacia nuevas posibilidades de cohesión entre ex entidades coloniales. Con todo, propone constituir un proyecto político decolonial global que se adapte a la realidad contemporánea, y que permita avanzar hacia un nuevo orden internacional inclusivo y democrático.

<sup>5</sup> Para una genealogía crítica del Sur Global, véase Crescentino (2019).



Su configuración subraya, a su vez, la necesidad de evocar agendas internamente consistentes que persigan la construcción de una comunidad internacional decolonial de intereses fundamentada en la igualdad, la libertad y la equidad. Y, por supuesto, se fundamenta en la construcción utópica de un nuevo orden social, cultural, político y económico internacional que difiera de las formas de pensar en torno al poder, la responsabilidad y la ética emergentes del gobierno colonial (Grovgui, 2012, pp. 176-178). Es, precisamente, como líder de la región sudamericana y adalid del Sur Global definido en estos términos que los tomadores de decisiones brasileños tejieron la estrategia de inserción internacional del país durante los periodos de gobierno del Partido de los Trabajadores (2003-2016).

En consonancia con otros actores de la escena política regional, la llegada del líder sindical Luiz Inácio Lula da Silva a la presidencia de Brasil en 2003 supuso una propuesta alternativa que, sin dejar de lado el consenso liberal, incorporó colectivos poblacionales previamente relegados de las prioridades políticas del país. A través de un compromiso con la estructura democrática liberal, definida por la constitución de 1988 y profundizada desde entonces, los gobiernos petistas se valieron del incremento de los precios de las materias primas y del resultante crecimiento económico a tasas sostenidas para dar cauce a políticas de estado ejemplares en términos de inclusión y desarrollo social.

Aupado por esta realidad doméstica, la política exterior *activa, altiva y no indiferente* del ministro de Relaciones Exteriores, Celso Amorim, y la diplomacia presidencial del carismático Lula da Silva fueron centrales para fortalecer la imagen del país a través de la aplicación de su propia versión de la escuela autonomista del Ministerio de Relaciones Exteriores (Itamaraty)<sup>6</sup>. Así, el eje de la acción internacional de Brasil durante el periodo 2003-2010 fue el fortalecimiento de las relaciones Sur-Sur como mecanismo de legitimación, consolidación y expansión del orden sistémico, aumentando con ello las oportunidades y ampliando las formas de abordar los desafíos existentes con una perspectiva ‘desde el Sur’ y ‘para el Sur’.

En pocos años, el gigante sudamericano se convirtió regional e internacionalmente en un modelo de desarrollo económico y político. Esta pujanza se vio acompañada por un perfil internacional pan-sureño reformista que amparó tres vías de acción. Por un lado, la pugna por la transformación de los organismos multilaterales tradicionales, tanto políticos (fundamentalmente, la ONU y su Consejo de Seguridad), como económicos (el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, y la Organización Mundial del Comercio). Por otro lado, la participación o conforma-

<sup>6</sup> La autonomía refiere, en síntesis, a un discurso performativo explicativo de la acción exterior brasileña aplicado por los gobiernos de Quadros, Goulart, Geisel y Lula, asentado a) en la defensa de la inserción activa de Brasil en las instituciones globales, para ampliar el margen de acción en el escenario internacional; y b) en la diversificación de sus relaciones con otros actores del Sur, para contrapesar el poder de las potencias occidentales (Crescentino y Caballero, 2021; Caballero y Crescentino, 2020).

ción de grandes grupos de negociación (el G20 financiero y comercial, el G4, BASIC, NAMA-11 o W52, entre otros). Por último, la transformación o fundación de nuevos arreglos institucionales en su calidad de potencia regional (MERCOSUR, UNASUR, CELAC) y emergente (IBAS, BRICS).

Para llevar a cabo estas estrategias, la acción combinada de la diplomacia presidencial y de Itamaraty adoptó dos actitudes. Por un lado, una disposición que, a la luz de una lectura cooperativa hobbesiana, propició el fomento de arreglos institucionales regionales lo suficientemente robustos como para colaborar con el impulso del país hacia el mundo, pero lo adecuadamente laxos como para evitar limitar su capacidad de agencia. Por el otro, inspirada en una interpretación cooperativa grociana, la formulación creativa de nuevas alianzas y organismos multilaterales (Pinheiro y Gaio, 2014) como vocero del Sur (Besharati y Esteves, 2015) y de los países emergentes, en el marco del tradicional impulso a un multilateralismo normativo. Por supuesto, en tanto que política pública, las múltiples identidades e intereses esgrimidos por los diversos actores en pugna en el proceso de formulación de la política exterior coadyuvaron a la composición de una institucionalidad que no careció de ambivalencias y contradicciones, tanto en términos discursivos como conductuales.

Tal ambivalencia se vio plasmada en las alteraciones institucionales promovidas durante el periodo, y fue exteriorizada a la luz de una pugna constante entre el cambio y la continuidad. Continuidad, en el sentido de que la retórica oficial reforzó los compromisos del acumulado histórico (Cervo, 2013) de la política exterior brasileña consagrados en la constitución nacional. Sobre esta línea, los Ministros de Relaciones Exteriores<sup>7</sup> y Secretarios Generales<sup>8</sup>, todos ellos diplomáticos de carrera, se transformaron en guardianes de las narrativas históricas del Palacio de Itamaraty. Ello entrañó concebir a la corporación diplomática como defensora de la estabilidad y la previsibilidad de la acción internacional de Brasil, y como formuladora de una política exterior que sirviese de vector del desarrollo nacional a través de la superación de los condicionantes externos. Y cambio, en el sentido de que la adaptabilidad de la retórica corporativa se tradujo en el imperativo de modernizar la diplomacia ante los desafíos y exigencias domésticas y externas de la renovada proyección global del país.

<sup>7</sup> Los Ministros de Relaciones Exteriores durante el periodo 2003-2016 fueron Celso Luiz Nunes Amorim (01-01-2003 a 01-01-2011), Antonio de Aguiar Patriota (01-01-2011 a 26-08-2013), Luiz Alberto Figueiredo Machado (28-08-2013 a 01-01-2015) y Mauro Luiz Lecker Vieira (01-01-2015 a 12-05-2016).

<sup>8</sup> Los Secretarios Generales del Ministerio de Relaciones Exteriores durante el periodo 2003-2016 fueron Samuel Pinheiro Guimarães (02-01-2003 a 27-10-2009), Antonio de Aguiar Patriota (27-10-2009 a 31-12-2010), Ruy Nunes Pinto Nogueira (03-01-2011 a 26-02-2013), Eduardo dos Santos (26-02-2013 a 02-01-2015) y Sérgio França Danese (02-01-2015 a 25-05-2016).

En estos procesos, la diplomacia brasileña reforzó la necesidad de integrar un orden internacional inclusivo configurado a partir de la visión utópica de un Sur Global que permitiese superar las desigualdades del pasado a través de un profundo proceso de democratización equitativo, no coercitivo, responsable y coherente (Bosco y Stuenkel, 2015, pp. 29-31). Así, Brasil reconfiguró sus credenciales de potencia emergente a través de la consolidación de alianzas multilaterales críticas hacia las profundas asimetrías en los procesos de toma de decisiones de las instituciones tradicionales. Para ello, resaltó la necesidad de refundarlas desde una retórica alineada a los ideales de igualdad y equidad, de modo que reflejasen tanto el peso de los países emergentes, como el de los países en desarrollo. En palabras de Lula,

El camino hacia una paz duradera pasa necesariamente por un nuevo orden internacional, que garantice oportunidades reales de progreso económico y social para todos los países. Por tanto, exige la reforma del modelo de desarrollo global y la existencia de instituciones internacionales efectivamente democráticas, basadas en el multilateralismo, en el reconocimiento de los derechos y aspiraciones de todos los pueblos (Lula da Silva en Brasil, 2005, p. 100).

De manera paralela, ello implicó reestructurar las relaciones bilaterales del país desde una retórica de la horizontalidad y la igualdad, y por medio de la vía de la diversificación de socios. Con ello, se acogió una vocación universal, pacifista y mediadora, trazada a partir de la reivindicación de una identidad nacional poscolonial heterogénea. Esta situación permitió a los diplomáticos brasileños tanto ofrecer la experiencia del país en la administración de una democracia racial reformada, como su capacidad de articulación de la diversidad internacional desde un «universalismo genuino», a partir de una acción política capitaneada conjuntamente, «de igual a igual, sin paternalismo» (Celso Amorim en Brasil, 2010, p. 16).

No obstante, y de manera análoga a otros periodos de la historia del país en los cuales los lineamientos autonomistas de política exterior habían servido de brújula para la acción internacional, la pertenencia de Brasil a Occidente no fue cuestionada. Como indica Hurrell (2008, p. 53), la política exterior del periodo petista se inmiscuyó en un debate de profundas raíces históricas, que refleja los complejos orígenes de la identidad internacional del país. Por un lado, la combinación entre la tradición liberal de sus élites, y su autopercepción, en términos culturales y religiosos, del carácter occidental de su población, a través de un cariz que no rechazó la apropiación histórica de la configuración del universalismo europeo, ni su confianza explícita hacia los valores humanitarios «civilizadores». Precisamente, este mimetismo aparente permitió que las iniciativas fomentadas no abandonaran la caracterización del país como el «más occidental de los emergentes» (Steiner *et al.*, 2014, p. 43). Por otro lado, los legados del colonialismo imperial y la pobreza, los imperativos del desarrollo económico, y las conexiones duraderas con África,

Oriente Medio y Asia, instituidos de manera más penetrante por la trata de esclavizados, pero también por las diferentes olas migratorias sobrevenidas durante los siglos XIX y XX.

Y es que, una de las estrategias más disputadas del Partido de los Trabajadores fue la voluntad de deconstruir la lectura sobre las condiciones estructurales de desigualdad social, amalgamadas con la identidad occidental a través de la utopía de la democracia racial, postulada localmente por Gilberto Freyre en *Casa-Grande y Senzala* (1933) y contrastada con la distopía europea del periodo de guerras por Stefan Zweig en *Brasil, país del futuro* (1941). Ambas obras habían ofrecido históricamente una poderosa influencia en la opinión pública nacional e internacional, contribuyendo a la conformación de lo que actualmente se conoce como el «mito de las tres razas»: la confianza en una sociedad abierta al diálogo, atravesada por una armonía garante de un pacifismo, una tolerancia, una hospitalidad, y una intercomunicación mitigantes de los conflictos sociales. A partir de la denuncia de que tal visión unificadora de lo 'brasileño' como diverso habría servido de fundamento para la negación de la marginación social, el PT se valió de la defensa de la capacidad dialógica resultante, cuestionando, paralelamente, la naturaleza pacífica de las relaciones sociales del país.

En efecto, más que a una estrategia anti-occidental, el esfuerzo del gobierno petista estuvo ligado, según Mignolo (2011, p. 42), a las premisas generales de la desoccidentalización. Se trata, así, de un proyecto de convivencia conflictiva entre fuerzas que comparten principios económicos capitalistas, pero que generan un enfrentamiento de autoafirmación en la esfera de la autoridad, el conocimiento y la subjetividad. Es, en otras palabras, el momento en el que el otro es igualado en poder y autoridad, y se desvanece como «otro», pero con el reconocimiento de las heridas infligidas a lo largo del tiempo por la diferencia racial colonial. Con todo, la alteración de la desacreditada democracia racial, híbrida y tolerante condujo a un refuerzo retórico paralelo del sentimiento de pertenencia del país al Otro-Occidente, trazado a través de la adopción de una curación racial (Captain, 2010, p. 190) vinculada al fundamento democratizador e inclusivo de los ámbitos domésticos e internacionales:

El diálogo democrático es el más eficaz de todos los instrumentos de cambio. La misma determinación que tenemos mis compañeros y yo para hacer la sociedad brasileña más justa y humana, la utilizaré en la búsqueda de alianzas internacionales con miras a un desarrollo equitativo y un mundo pacífico, tolerante y solidario (Lula da Silva en Brasil, 2007, pp. 18-19).

Asimismo, la promoción de la igualdad racial es el rescate en Brasil de los siglos de esclavitud a los que fueron sometidos los afrobrasileños, hoy más de la mitad de nuestra población. Les debemos un invaluable legado permanente de riqueza y valores culturales, religiosos y humanos. Para nosotros, el mestizaje es un factor de orgullo.

El racismo, más que un crimen atroz, es una mancha que no dudamos en combatir, castigar y erradicar [...]. Creemos firmemente en la dignidad de todo ser humano y en la universalidad de sus derechos fundamentales. Estos deben protegerse de toda selectividad y politización tanto a nivel nacional como internacional (Dilma Rousseff en Brasil, 2015, p. 53).

De manera paralela a este reconocimiento del legado africano, la proyección civilizatoria de Brasil hacia el Otro-Occidente fue defendida, primordialmente, en términos regionales. A partir de la necesidad de profundizar el conocimiento de los vecinos para seguir siendo «más sudamericanos» (Patriota en Brasil, 2010, p. 140), las administraciones petistas procuraron formar espacios de expresión de su pluralismo político y sociocultural, y reforzar, así, la identidad común de sus poblaciones (Lula da Silva en Brasil, 2007, pp. 68-69).

Esta narrativa civilizatoria integró tres variables diferentes de las relaciones exteriores históricas del país, cuyo peso había crecido, precisamente, desde el proceso de democratización. En primer lugar, el énfasis en los lazos con el entorno inmediato, ofreciendo cierta continuidad a las relaciones pacíficas con Argentina y a la centralidad del MERCOSUR para el proceso de integración. En segundo lugar, el rescate del pasado imperial brasileño y sus conexiones con Portugal, permitiendo un acercamiento directo a la Comunidad de Países de Lengua Portuguesa y, fundamentalmente, los países africanos lusoparlantes. Y, en tercer lugar, la profundización de la asociación instrumental con España, incorporada como un mediador ideal con el espacio latinoamericano, evitando afectar las relaciones del país con los Estados Unidos. Estas variables fueron integradas, así, a partir de un pasado común subrayado como un auténtico ejemplo de gestión de la diversidad, y como hilo conductor de las operaciones internacionales:

Somos un ejemplo de que las fronteras entre el Norte y el Sur, entre ricos y pobres, entre religiones, culturas y civilizaciones, pueden y deben superarse mediante el diálogo y el conocimiento mutuo. Nuestra historia de luchas también se escribió en momentos de convivencia y conciliación [...]. En este camino, estoy seguro de que sabremos utilizar, a nuestro favor, las mayores virtudes que poseemos: la inagotable riqueza de nuestro pueblo y la certeza de que compartimos una historia y un destino comunes (Lula da Silva en Brasil, 2007, p. 102).

Como resultado y en el marco de esta acción internacional, las estrategias gubernamentales y experiencias domésticas en programas de transferencia monetaria condicionada, como *Fome Zero* o *Bolsa Família*, devinieron pronto manifestaciones ejemplares de las políticas de asistencia social contra la pobreza y el hambre en línea con los Objetivos de Desarrollo del Milenio de las Naciones Unidas. Tales iniciativas transformaron la trayectoria brasileña en una guía exportable a las realidades de

países con problemáticas de desigualdad social similares. Ello ofreció fundamentos a la voluntad de transformar al país en líder de un heterogéneo Sur Global, a la vez que garantizó un efecto boomerang desde lo internacional al ámbito doméstico, al facilitar tanto el apoyo de las reluctantes élites liberales, como la legitimación de las políticas públicas de inclusión social (Milani y Duarte, 2015).

Más aún, sin dejar de reconocer la defensa utópica de un nuevo orden internacional inclusivo y democrático, las administraciones petistas no escondieron la búsqueda pragmática de resultados con su accionar (Lula da Silva en Brasil, 2007, pp. 21-22). Ello tomó forma a través de la defensa del multilateralismo recíproco y la internacionalización económica competitiva del país (Cervo, 2010, p. 11; Vieira en Brasil, 2017, pp. 32-33). Se trató, según Milani (2018, p. 267), de una lectura del mundo según la cual «la globalización y la difusión del poder promoverían transformaciones estructurales en la economía mundial, redistribuyendo el poder de Occidente a Oriente y del Norte hacia el Sur». Precisamente, mientras que el principio de no indiferencia sirvió para simbolizar el compromiso con el destino de la humanidad, la diplomacia activa en el ámbito multilateral y altiva en su compromiso con el Sur fue instrumental para un proyecto más ambicioso de protagonismo regional y global, envolviendo agentes políticos domésticos y empresas que disputaban mercados internacionales (Milani, 2018, pp. 263-264).

Bajo la apreciación de que tanto el desarrollo económico como la ayuda exterior eran necesarios pero insuficientes, la apuesta promovió un cosmopolitismo que apostaba por la conformación de una alianza solidaria mundial, y que comprometera a gobiernos, empresarios y sociedades civiles nacionales, y los integrara a los debates en los organismos multilaterales políticos, financieros y comerciales (Lula da Silva en Brasil, 2007, p. 278). Se trató, precisamente, de fomentar una reorientación de las prioridades y políticas domésticas e internacionales de desarrollo (Lula da Silva en Brasil, 2007, p. 292) en pos de eliminar el hambre, reducir la pobreza y promover la sostenibilidad (Lula da Silva en Brasil, 2007, p. 34). Tal acento fue incorporado, en esta ecuación, a una confianza en la democracia liberal desde la lectura eminentemente política y combativa de un recientemente renombrado Sur Global. En definitiva, en lugar de adoptar una crítica anti-occidental a los organismos multilaterales por beneficiar a los países ricos como fruto de su lugar de enunciación y sus reglas desiguales de juego, Brasil procuró reequilibrarlos, por medio de su desoccidentalización.

Ahora bien, sin negar la estabilidad y legitimidad con la que contó el Partido de los Trabajadores durante gran parte de sus tres primeros mandatos (2003-2014), tanto la crisis financiera internacional de 2008 y sus consecuencias, como los conflictos domésticos y el recambio de liderazgo partidario generaron ciertas alteraciones ideacionales en el proyecto político y su cosmovisión global. De hecho, el ataque a las orientaciones y prácticas de la política exterior comenzó durante el gobierno de Lula, dando paso a una creciente politización que, tanto en el seno de

las formaciones partidarias, como en el mundo académico y los medios de comunicación, escaló a un nuevo grado de confrontación (Hirst, 2019, p. 66).

Con todo, las elecciones presidenciales de 2010 sirvieron de plataforma para la coordinación de las primeras críticas hacia la agenda «ideologizada» de la política exterior. En este marco, las acusaciones cobraron forma a la luz de su caracterización como antiestadounidense, bolivariana, comunista, anticristiana, patrimonialista, rehén de la corrupción política y económica, irrespetuosa de la democracia y los regímenes de derechos humanos, y, en última instancia, brazo del «imperialismo del Sur» (Pecequillo, 2021, p. 6). Estas denuncias fueron profundizadas cuando la balanza comercial comenzó a sufrir la resaca de la crisis internacional. En efecto, a pesar de la profundización de la agenda de derechos humanos y las relaciones con los Estados Unidos, la gestión de los asuntos exteriores durante el gobierno de Dilma Rousseff fue caracterizada como una continuidad inercial carente de dinamismo e innovación (Borges y Bastos, 2017, pp. 286-287).

Precisamente, pese a que el compromiso discursivo y práctico con el Sur Global mantuvo su centralidad, la conjunción de una conflictiva coyuntura doméstica e internacional tornó pronto claras las señales de que el activismo internacional brasileño se postraba ante el fin de una era (Crescentino y Caballero, 2021). Sin la presión diplomática presidencial que había ejercido Lula, la combinación de las lecturas burocrática de Itamaraty y tecnócrata de Dilma propiciaron una reoccidentalización, que tomó forma por medio de un retorno hacia las relaciones pragmáticas con los socios tradicionales —Estados Unidos, Europa, Japón y el MERCOSUR—. A la larga, fuera del sector comercial y financiero, el principal interés del gobierno pasó a ser la construcción de nuevas estrategias regionales de seguridad.

En el seno de la asfixiante necesidad de reactivar la economía brasileña y generar confianza en los mercados internacionales, las revueltas iniciadas en 2013 ante la subida del precio del transporte público en San Pablo marcaron el principio del fin de la pérdida de apoyo social y político al gobierno. Así, lo que comenzó como una protesta desde las bases de izquierda del partido frente a su giro neoliberal, fue pronto cooptado por grupos horizontales de derecha que, a través de reivindicaciones contra la inseguridad y la corrupción, capitalizaron las demandas (Goldstein, 2019). Ciertamente, este contexto sirvió de caldo de cultivo para profundizar una polarización que aumentó la distancia entre los dos extremos del panorama político. Por un lado, dio alas a la histórica proyección de un concepto genérico de «izquierda», que condujo a que políticas sociales moderadamente reformistas fueran etiquetadas como «de izquierda» —con connotación positiva— o «comunistas» —con connotación negativa— (Wink, 2021a, p. 39). Por el otro, ofreció sustento al paulatino fortalecimiento de una alianza política de extrema derecha que, años más tarde, se reuniría tras la controvertida figura de Jair Bolsonaro y su utopía reaccionaria.

Más aún, la ruptura de la alianza gobernante se vio plasmada cuando, el día 12 de mayo de 2016, el vicepresidente Michel Temer asumió de forma interina la

Presidencia de Brasil tras un proceso de destitución de Dilma Rousseff cuestionado tanto doméstica como internacionalmente. A partir de este momento se produjo una rápida alteración en términos retóricos de los principios sobre los cuales se había asentado la política exterior brasileña durante el periodo previo. Sin ir más lejos, el cierre de instituciones de coordinación de la política exterior a nivel doméstico —como la agencia CGFome— y externo —como 17 embajadas en África— fueron actos simbólicos contra lo que había sido la acción internacional de los gobiernos petistas.

Consecuentemente, las gestiones de Serra y Nunes en el ministerio estuvieron más centrada en demostrar un retorno a las tradiciones y a la autonomía institucional de Itamaraty, criticar la ‘ideologización’ tercermundista del sector externo, diferenciarse discursivamente de la gestión previa y defender internacionalmente la legitimidad del gobierno; que en la planificación de la acción exterior de Brasil. En palabras de Nunes,

Gracias a la determinación del Presidente Temer, nuestra política exterior ha recuperado su vocación universalista. Rechazamos la estrechez de miras, el sectarismo partidista y el dogmatismo incompatibles con la acción política ejercida en un entorno democrático. Aquí no predicamos ideologías, ni de derechas ni de izquierdas. Hicimos política, una política exterior atenta a la realidad efectiva de los hechos, “la veritá effetuale delle cose”, en expresión de Maquiavelo, en defensa de los intereses permanentes de Brasil (Nunes Ferreira en Brasil, 2019, pp. 21-22).

Ello se trasladó a una propuesta ambigua, que alternó entre un acercamiento a los Estados Unidos y a la agenda del Norte (Pecequillo, 2021), el retorno a los círculos multilaterales clásicos —marcados por la petición de ingreso a la OCDE y las negociaciones MERCOSUR-UE—, y la participación en círculos multilaterales alternativos con el objetivo de aumentar los flujos comerciales y de inversión —principalmente, BRICS—. Se trató, en síntesis, de una retórica pragmática economicista en política exterior, condicionada por las necesidades coyunturales de la política doméstica.

#### **4. LA UTOPIA REACCIONARIA Y EL BRASIL DE OCCIDENTE**

A pesar de la profunda inestabilidad político-económica y la falta de legitimidad de su administración, Michel Temer se valió del frágil acuerdo de gobernabilidad en ciernes entre las derechas políticas para concluir el mandato para el cual había sido elegida la alianza entre el Partido de los Trabajadores y el Movimiento Democrático Brasileño (2015-2018). Con todo, el proceso electoral que definiría a su sucesor tuvo lugar en un contexto de polarización, profunda desafección socio-



política y descontento social, en el seno de una crisis de globalización (Sanahuja, 2018). A nivel doméstico, la deslegitimación de la democracia y los partidos políticos tradicionales tuvo como primera víctima a una derecha moderada incapaz de ofrecer respuestas desde el poder, que, paulatinamente, fue cediendo espacios al implacable crecimiento de la derecha radical.

Y es que, como señala Wink (2021a, p. 40), tanto la «vieja» como la «nueva derecha» están constituidas por la burguesía industrial, la oligarquía terrateniente, amplios segmentos de la jerarquía católica, las fuerzas armadas, las clases medias y representantes de los medios de comunicación. La diferencia reside, no obstante, en que mientras que los actores tradicionales de esta facción política se vieron obligados a abandonar la etiqueta de «derecha» en el periodo de transición para marcar distancias con el periodo autoritario (y mantener así cierta legitimidad en el posterior escenario democrático), los «nuevos» actores han reivindicado orgullosamente ambas etiquetas. De manera paralela, al tradicional *modus operandi* de las «viejas derechas», que implica a) el ejercicio del poder político desde una posición ventajosa estableciendo relaciones no contractuales de dominación que impidan la participación y eviten el cambio social; y b) una actitud ambivalente hacia la democracia y cierto desprecio por los procedimientos constitucionales, desplegando, si es necesario, medios autoritarios; los nuevos actores incorporaron el uso efectivo de nuevos medios técnicos y nuevas estrategias de relaciones públicas (Wink, 2021a, p. 41).

Haciéndose eco de esta transformación, las elecciones de 2018 se vieron enmarcadas en el seno de dos situaciones extraordinarias, que viciaron profundamente el panorama. En primer lugar, el reemplazo de Lula da Silva por Fernando Haddad como candidato a presidente por el Partido de los Trabajadores (PT). Tal decisión fue tomada de manera precipitada, poco después de la inhabilitación y encarcelamiento del expresidente sobre la base de acusaciones legales inconsistentes, en un momento en el cual lideraba todos los sondeos electorales. En segundo lugar, el atentado sufrido por el candidato del Partido Social Liberal (PSL), Jair Bolsonaro, en un acto de campaña realizado en la ciudad minera de Juiz de Fora. Ello lo incapacitó a participar en los debates públicos, limitando profundamente la interacción directa entre los aspirantes y alterando, como consecuencia, los canales de diálogo de sus seguidores, presos de los filtros de los algoritmos de las redes sociales.

Inmersas en este escenario, como señala Carlotta (2021), ambos partidos apelaron a elementos retrotópicos (Bauman, 2017) para convencer a sus electores. Por un lado, bajo el lema «Haddad es Lula», el candidato del PT introdujo la nostalgia por los «buenos tiempos», invitando a imaginar un futuro «Brasil, feliz de nuevo», alcanzado a través del programa de gobierno inspirado por el expresidente. Por el otro, al suscribir a la idea de «Brasil encima de todo, Dios encima de todos», el postulante del PSL incitó a recuperar los valores morales, conservadores y religiosos de las experiencias autoritarias brasileñas. Esta actitud implicó, principalmente, la

nostalgia por un régimen militar capaz de integrar un crecimiento económico sin perjuicio del orden público (Lynch y Cassimiro, 2021, p. 227). En términos empíricos, ello fue puesto de manifiesto a través de diversos actos: desde el nombramiento de militares como candidatos a vicepresidente y ministros, a constantes alusiones discursivas a fragmentos bíblicos, o, incluso, la utilización del lema integralista «Dios, patria y familia»<sup>9</sup> en sus mítines.

De manera análoga, la agenda internacional de ambos candidatos reveló una lógica dialéctica entre dos modelos de proyección internacional, atravesados por un complejo escenario en el cual se conjugaron la competencia geopolítica entre Estados Unidos y China, el progresivo debilitamiento de los organismos multilaterales, y el resurgimiento del nacionalismo no cooperativo (Spektor, 2019). Por un lado, el PT apeló nuevamente a la escuela de pensamiento autonomista, ofreciendo un relanzamiento de una política exterior *activa, altiva, democrática y soberana* frente al avance del conservadurismo y el autoritarismo neoliberal, que permitiera al país *recuperar* su soberanía nacional y su buena imagen internacional. Ello sería posible sobre la base de la experiencia pasada en la construcción de la paz y el diálogo global, y por medio del refuerzo del multilateralismo, la integración latinoamericana y la cooperación Sur-Sur (PT *et al.*, 2018).

Por el otro lado, el PSL demandó el abandono de la política de las «oportunidades perdidas» instaurada desde la Nueva República (1985-), definida por una configuración «ideologizada» y «tercermundista» del rol de Brasil en el marco de la agenda liberal-progresista de los organismos multilaterales (Spektor, 2019). En su lugar, era necesario retomar la senda de la escuela americanista del Ministerio, y, a través de ella, definir un alineamiento político, económico y militar con los Estados Unidos de Donald Trump, último guardián de Occidente (Araújo, 2017, pp. 327, 339). A partir de una cosmovisión análoga a las fronteras ideológicas marcadas por el americanismo de Castello Branco (1964-1967), la lectura del bolsonarismo concebía este camino como la única solución frente a la perversión de valores defendida por la manifestación contemporánea del comunismo: el «marxismo cultural globalista» (PSL, 2018).

La «nueva derecha» brasileña diseñó, así, una estrategia que le permitió diferenciarse de la «vieja derecha» a fin de ocupar su espacio en la arena política y alterar el esquema de las dos décadas previas. Para ello, estructuró su discurso en torno a: (a) una fuerte orientación neoliberal, de la mano de (b) la gestión estatal de las pautas de comportamiento social desde un conservadurismo asentado en la defensa de los valores ‘occidentales y cristianos’, y (c) una crítica a la democracia y el sistema de partidos políticos, combinado con una nostalgia de los tiempos

<sup>9</sup> Lema propio de la Acción Integralista Brasileña (AIB), un movimiento de extrema derecha inspirado en el fascismo italiano y fundado en 1932 por Plínio Salgado. Sobre este tema, véase Gonçalves y Neto (2020).

autoritarios y sus valores (Santos y Tanscheit, 2019, p. 157). Con este proyecto entre manos, el 28 de octubre de 2018, Jair Bolsonaro fue elegido presidente de Brasil con el 54 % de los votos.

Pronto, la retórica anti-globalista<sup>10</sup> de la política exterior se transformó en el plato fuerte de una cartera construida sobre la necesidad de *recuperar* Itamaraty y ‘poner fin a la ideología tercermundista’ y el avance de la «dictadura progresista» del «marxismo cultural»:

Brasil estaba atrapado, fuera de sí mismo. Y me arriesgaría a decir que la política exterior brasileña estaba atrapada fuera de Brasil [...]. El presidente Bolsonaro está liberando a Brasil, a través de la verdad. También vamos a liberar la política exterior brasileña, vamos a liberar Itamaraty. (...) Itamaraty existe para Brasil, no existe para el orden global (Araújo en Brasil, 2019, p. 13, 15).

Esta estrategia, defendida por Olavo de Carvalho —filósofo del movimiento—, y dirigida por el núcleo duro del bolsonarismo —Eduardo Bolsonaro, Filipe Martins y Ernesto Araújo—, persiguió ganancias de naturaleza simbólica y propagandística. Desde el periodo electoral, se asentó en el objetivo de movilizar a las bases del proyecto a través de la difusión de una cultura política autoritaria (Schutte, Fonseca y Carneiro, 2019, p. 99).

A partir de la difusión de la imagen del PT como promotor de la «falsa utopía» socialista en Brasil, la nueva derecha interpretó la utopía reaccionaria a la luz de la necesidad de restaurar el imaginario pasado glorioso —y empíricamente inexistente— de una combinación entre la sociedad colonial del siglo XVII, el monarquismo decimonónico, la lectura integralista de la década de 1930, y las fronteras ideológicas de la dictadura militar (Wink, 2021a). Se trató, desde su cosmovisión, de un enfrentamiento entre actores *anti-establishment*, aún no cooptados por el sistema político, y las élites depredadoras de la apátrida «dictadura progresista», cuya degradación y corrupción impregnaba la agenda liberal de los organismos multilaterales (Caballero y Crescentino, 2023):

Todos los temas globales, cuando los miramos, al fin y al cabo, son temas para sacarnos la soberanía, sacarles la soberanía a las naciones y para someter los pueblos a algún tipo de filosofía materialista y reduccionista [...] [E]xiste un arco ideológico, que va

<sup>10</sup> Para Araújo, el globalismo internacional es «una amalgama entre la economía globalizada con el marxismo cultural infiltrado en las instituciones», mientras que en Brasil «adoptó la forma del tradicional sistema corrupto de clientelismo dominado por una izquierda gramsciana, infiltrada en las instituciones culturales» (Brasil, 2020, p. 37). Según el mismo autor, esta amalgama funciona a través de tres instrumentos principales: a) la «ideología del cambio climático, o climatismo», la «ideología de género», y la «oikofobia», esto es, el odio a la propia nación y la reivindicación de un mundo sin fronteras (Brasil, 2020, p. 39).

del «socialismo del siglo XXI», concebido acá en esa región, a lo políticamente correcto y a las corrientes materialistas en Europa y Estados Unidos, que quieren construir algún tipo de sociedad utópica —ya no la llaman comunismo, pero en gran medida sigue siendo la falsa utopía comunista—. Quieren construirla no en contra el capitalismo, pero adentro del capitalismo, a partir de una sociedad de consumo completamente desespiritualizada y desnacionalizada (Araújo en Brasil 2020b, p. 13).

En el mundo ideal, hay una alternancia entre una izquierda y una derecha; una izquierda definida, quizás, por más atención a gastos sociales y compañías estatales; y una derecha [marcada] por la búsqueda de eficiencia y las privatizaciones. Esa es la visión un poco idílica de la alternancia izquierda-derecha. En el mundo real, la cosa es bastante más fea: existe la libertad, y existe el proyecto de reconstrucción de falsas utopías de partido único con control social total (Araújo en Brasil, 2020b, p. 12).

Paralelamente, y como fue previamente reseñado, de manera análoga al accionar global de los actores de ultra-derecha de otros países, la crítica a esta «utopía sin Dios» (Araújo en Brasil, 2021, p. 40) se hizo extensiva hacia los partidos de la derecha moderada. Con ello, en tanto que representantes de las oligarquías tradicionales y supuestos aliados de la izquierda en la instauración de la agenda globalista, la única salida posible era la recuperación de los valores conservadores, algo solo posible a través de la salvación garantizada por outsiders mesiánicos:

A partir de 2002, se esperaba ver el gran choque entre la izquierda y las oligarquías. Pero no fue eso lo que ocurrió. Porque la izquierda y las oligarquías no querían cosas opuestas, sino lo mismo, el poder. Entonces se produjo la gran amalgama entre la ideología de izquierdas y el clientelismo político brasileño, que produjo este gran paroxismo, esta gran orgía de corrupción. Cuando la izquierda y la oligarquía se encontraron, descubrieron que eran hermanos distanciados desde hacía mucho tiempo, ambos hijos del cinismo y de la sed de poder, se abrazaron y comenzaron a robar al pueblo brasileño. Milagrosamente, hemos detenido esta marcha hacia el abismo. ¿Cómo? Porque el pueblo brasileño (...) despertó y consiguió mirar fuera, fuera de esa vida podrida, y configuró una esperanza, y encontró un líder, que es nuestro Presidente, que conoce y ama a este pueblo y nos enseña a conocer y amar a este pueblo (...). Sólo la fe verdadera de este pueblo cristiano y conservador proporciona la armadura moral y el corazón palpitante de amor patriótico para enfrentarse al dragón de la maldad (Araújo en Brasil, 2021, pp. 40-41).

Y creo que este es, creo que este es el momento que estamos viviendo, es Dios en Davos. Estamos entrando en la ciudadela para intentar recuperar ese corazón de la sociedad liberal, para intentar recomponer la amalgama liberal-conservadora que fue la que permitió, a lo largo de estos últimos ciento y pico años, preservar un concepto profundo de la dignidad humana, del ser humano como un ser, por supuesto, terrenal, pero que se relaciona con el mundo espiritual, que se relaciona con Dios (Araújo en Brasil, 2019, p. 53).

Así pues, en una señal de camaradería y continuidad, las palabras de agradecimiento de Ernesto Araújo a Aloysio Nunes dieron inicio a un discurso de toma de posesión que mostró a las claras la tendencia de devolver a Itamaraty su carácter de último bastión de la nobleza *brasileña*. Cargado de alusiones religiosas, el flamante Ministro dejó entrever los lineamientos políticos del gobierno de Brasil formulados prospectivamente para los siguientes cuatro años. Estos giraron en torno a: (a) la presencia de un ministerio comprometido con la promoción del agronegocio, el comercio y la inversión; (b) la transformación de las embajadas en oficinas comerciales y rastreadoras de nuevos mercados; (c) la ‘reducción de la burocracia’ en Itamaraty; y (d) el establecimiento de alianzas estratégicas con los Estados Unidos, Israel, Italia, Hungría, Polonia y los países latinoamericanos ‘liberados de los regímenes del Foro de Sao Paulo’<sup>11</sup> (Araújo en Brasil, 2019).

Poco después, las promesas de Bolsonaro en Davos no mostraron más que una continuidad con estas palabras, prometiendo al mundo en su primera aparición institucional como presidente de Brasil un profundo compromiso con la implementación de una política ‘desideologizada’ y la realización de las reformas macroeconómicas, laborales y tributarias necesarias requeridas por los mercados (Bolsonaro en Brasil, 2019b). En términos discursivos, el abandono del concepto de autonomía y su reemplazo por el de soberanía, orden y libertad, se tradujo en una voluntad abierta por frenar el ‘marxismo cultural globalista’, su promoción en pos de la disolución del género y el sentimiento nacional, y, con ello, el peligro de la pérdida de la propia identidad occidental (Araújo, 2017, pp. 327, 339). Para Araújo, Brasil debía ir en contra de la ideología de lo políticamente correcto, que

da lugar a una sociedad fragmentada, en la que los diferentes grupos se odian, sin nación, sin sentido de pertenencia, en la que ser ciudadano de un determinado país no significa más que tener un trozo de papel que te da derecho a algunos beneficios, sin ningún sentimiento más profundo asociado a ello. (Brasil, 2019, p. 31).

En síntesis, Itamaraty se tornó en el espacio doméstico de consolidación de la utopía reaccionaria (Lynch y Cassimiro, 2021), que vinculó al país transnacionalmente a una red de gobiernos populistas de extrema derecha integrados por una lectura neoconservadora del mundo. A través de ella, la división tajante entre amigos y enemigos quedó definida por un choque de civilizaciones que, desde un nacionalismo soberanista discursivo, rechaza a las instituciones internacionales

---

<sup>11</sup> Araújo (Brasil, 2020b, p. 12) define al Foro de Sao Paulo como «una articulación de partidos radicales y proyectos totalitarios de Latinoamérica que se reunió y se formó a comienzos de los años 90 con objetivo explícito de reconstruir, en Latinoamérica, el bloque socialista que había desaparecido en Europa del Este. Y desde entonces coordinó los regímenes radicales, totalitarios de la región; se mescló al narcotráfico —si es que ya no estaba mesclado antes—, al crimen, al terrorismo, a la corrupción sistémica».

(Guimarães y Silva, 2021, pp. 345-346) en nombre de la defensa de los valores occidentales. Paralelamente, esta pertenencia civilizatoria a Occidente se dio en el seno de la recuperación discursiva del mito de la democracia racial freyriana, cuya caracterización remitió a un orden natural familiar tradicional, cristiano, patriarcal y jerárquico, que condena los valores propios de la modernidad liberal, republicana y democrática (Lynch y Cassimiro, 2021, p. 235).

No obstante, como fue definido en el primer apartado, el utopismo reaccionario se posicionó desde un supuesto pragmatismo que niega su dimensión utópica, valiéndose de las categorías de utopía e ideología para deslegitimar a las alternativas políticas:

¿Qué es la ideología? A mí y a algunos colegas nos llaman «el ala ideológica del Gobierno». Lo que intentamos es identificar la ideología. Nos enfrentamos a la ideología todos los días. Algunos ministros lo tratan más que otros, porque está más implantado en unos sectores que en otros [...]; y lo mismo hacemos en Itamaraty. No por Itamaraty, sino porque esta ideología impregna nuestra vida internacional. Está implantada en los debates sobre el clima, en los debates internacionales sobre derechos humanos, en los debates internacionales sobre comercio, muchas veces, y por eso tenemos que enfrentarnos a la ideología, también, así que, si esto es ser ideológico, que así sea. Creo que es justo lo contrario. La ideología es básicamente tener una teoría y aplicarla a los hechos, y cuando los hechos contradicen la teoría, ¡peor para los hechos! Escoges otros hechos que lo demuestran o simplemente los ignoras. Eso es ideología (Araújo en Brasil, 2020, p. 30).

Pero, ¿qué es lo que ha movilizó a los brasileños, a los Brexiters y a los votantes MAGA estadounidenses? Creo que es, por decirlo en un término más elegante, una revuelta contra la ideología. La constatación de que nos habían mentido, de que habíamos sido despreciados por una élite que intentaba gobernarnos y abatirnos en nombre de la justicia social, o en nombre de la integración europea, o en nombre de un mundo sin fronteras, en nombre del progreso o de lo que fuera. Todos nombres altisonantes que no están ahí para describir la realidad, sino para imponer una determinada estructura de poder en la realidad (Araújo en Brasil, 2020, p. 36).

Asentada en la convicción de que el ascenso de potencias antiliberales y antioccidentales —principalmente China— representa la amenaza más grande para el colapso de Occidente, su lectura pone de manifiesto la necesidad de articular una batalla cultural contra el enemigo interno, infiltrado en los organismos multilaterales, las instituciones estatales y la prensa. Desde esta cosmovisión, los valores de la civilización judeocristiana occidental se ven sometidos, cada vez más, a la perversión de las costumbres por el yugo de las minorías, el relativismo, el cientificismo, el ateísmo, el laicismo y la ideología de género, financiados por una élite cosmopolita tecno-burócrata comunista (Spektor, 2019; Guimarães y Silva, 2021).

Con todo, esta proyección fue acompañada por una ideología ultraliberal que retomó la ficción retrotópica de liberar a Brasil de la corrupción e ineficiencia del Estado, operador local del proyecto comunista del Partido de los Trabajadores (Wink, 2021b; Lynch y Cassimiro, 2021, p. 242). Y es que, a diferencia de la voluntad del conservadurismo brasileño de impedir la democratización y el cambio social mediante un control del Estado, la «nueva derecha» aspira a destruirlo (Wink, 2021a, p. 42). Tal empuje, defendido por el equipo del ministerio de Economía de Paulo Guedes, impulsó una política exterior centrada en la apertura comercial y financiera del país, y la privatización de las empresas públicas en sectores estratégicos de la economía.

Por último, este esquema guiado por el bolsonarismo duro de Araújo y moldeado por el neoliberalismo anti-estadista de Guedes fue completado por un tercer grupo de influencia: el conjunto de militares que acompañó a Bolsonaro en el poder, liderados por el vicepresidente Hamilton Mourão. En nombre de la restauración del orden, este núcleo reforzó la imagen autoritaria, honesta y tecnocrática del gobierno; garantizó el apoyo de las Fuerzas Armadas al proyecto reaccionario; y lo nutrió, con ello, de personal administrativo con experiencia en la gestión (Lynch y Cassimiro, 2021, p. 239). Trasladada a la política exterior, su lectura geopolítica reforzó el discurso soberanista, enfocado en la división entre el «verdadero representante» del pueblo, y el cosmopolitismo progresista tecnócrata de las instituciones internacionales. Ello se tradujo en un énfasis sobre la necesidad de potenciar la capacidad de Brasil para obtener y desarrollar recursos de poder, prestigio e influencia en un mundo inestable y hostil (Spektor, 2019).

Paradójicamente, las críticas al multilateralismo liberal del ‘ala ideológica’ no evitaron un compromiso real con las facetas neoliberal y geopolítica, cuyos impulsores ofrecieron cierta estabilidad al gobierno de Bolsonaro. Y es que, si bien el ministro Araújo (2017) defendió la esencia occidental brasileña frente al avance chino en la región a partir de una meta-política externa cultural y espiritual centrada en el alineamiento con los Estados Unidos, ello también implicó el compromiso con el ingreso a las instituciones del occidente económico (OCDE) y militar (OTAN).

No obstante, los compromisos adquiridos no siempre impidieron que el discurso hostil generara ciertas rispideces o afectara, en mayor o menor medida, a los diferentes núcleos de influencia. Tanto las iniciativas bilaterales como los ataques al multilateralismo pusieron en peligro más de una vez las relaciones diplomáticas y comerciales del país, perjudicando los intereses de los diferentes agentes de la coalición política gobernante. Ello se vio plasmado, sin ir más lejos, en los efectos de los constantes ataques al gobierno chino como expresión del comunismo, las concesiones al gobierno de Israel —y las consiguientes protestas de los socios de Oriente Medio—, los cruces con la Unión Europea y el gobierno francés por el abandono de los regímenes medioambientales, o las firmes acusaciones a gobernantes de izquierda de la región. Más aún, a pesar del rápido avance de la agenda conservadora

en la política exterior, a lo largo de la segunda mitad del mandato, la administración debió afrontar dos situaciones críticas para el ala ideológica del ministerio.

En primer lugar, la crisis sanitaria desatada como fruto de la pandemia de COVID-19 a nivel global, cuya confusión inicial representó una oportunidad única para el avance del discurso reaccionario. A través de este, se postuló a la enfermedad como un mecanismo de expansión del proyecto chino de dominación, extendido por medio de los organismos multilaterales y los gobiernos para coartar las libertades de Occidente (Lynch y Cassimiro, 2021, p. 244). Estas acusaciones dilataron gravemente la respuesta del gobierno ante la problemática —perjudicando su imagen doméstica e internacional—, y afectaron profundamente las relaciones del país con China, su primer socio comercial. A la larga, ello generó un doble efecto boomerang. Por un lado, resintió a los representantes del agronegocio, que, cansados de ver peligrar sus actividades comerciales, forzaron el cambio de ministro de Relaciones Exteriores por Carlos França, una figura más conciliadora. Por el otro, al politizar una problemática de salud pública para movilizar a su electorado, dejó en evidencia los efectos adversos de los recortes presupuestarios del gobierno en salud, educación, investigación y tecnología, entre otros (Pecequillo, 2021).

Esta situación se agravó, en segundo lugar, tras el triunfo de Joe Biden en las elecciones presidenciales de los Estados Unidos. Sin el «último cruzado de Occidente» en el poder, la contracción de las relaciones bilaterales entre ambos países condujo a la política exterior brasileña a oscilar entre un fuerte carácter aislacionista, y una paulatina moderación y cambio de rumbo de difícil concreción a corto plazo. Y es que, como afirman Guimarães y Silva (2021, pp. 352-354, 358), al adoptar una política exterior «más pro-Trump que pro-Estados Unidos», los lineamientos de la acción internacional brasileña del periodo bolsonarista incorporaron en la ecuación a una coalición global de movimientos neoconservadores y nacionalistas de extrema derecha, ligando su propio éxito y promesa de continuidad a los triunfos electorales de estas experiencias.

En esta nueva dinámica, la utopía reaccionaria ha ofrecido una narrativa que, al identificar un enemigo moral contra el cual luchar y proponer un proyecto con elementos retrotópicos de preservación de valores hacia el cual avanzar, garantiza la legitimidad del proyecto y ofrece una guía de aplicación, tanto para las políticas domésticas como exteriores de los países. Sin embargo, como ha sido recientemente observado en las derrotas electorales de sus representantes, también condiciona las perspectivas futuras de las diferentes experiencias nacionales a la suerte que corran sus aliados internacionales. Considerando esta variable, sin dejar de reconocer la existencia de una tradición americanista de carácter ideológico en múltiples momentos de la historia brasileña, es preciso destacar que, al vincularse internacionalmente a esta narrativa, la doble ruptura que puso en marcha el gobierno de Bolsonaro nos remite a un cambio de era (Caballero y Crescentino, 2020) con escasos precedentes para Itamaraty.



## 5. REFLEXIONES FINALES

El presente artículo tuvo como objetivo ofrecer una reflexión profunda en torno al papel que cumplen las utopías en los proyectos políticos internacionales. Para este fin fue trazado un recorrido genealógico del pensamiento utópico en las Relaciones Internacionales y el Análisis de la Política Exterior, en tanto que espacios epistémicos nacidos de pensar la utopía de un proyecto global, marcado por las representaciones sociales del universalismo cosmopolita de las potencias occidentales. Ello permitió identificar sus límites, a la vez que resaltar la necesidad de recuperar en este ámbito la utopía como herramienta heurística. Sobre esta base fueron abordados los imaginarios utópicos opuestos del Brasil del Sur Global y el Brasil de Occidente, que guiaron a los tomadores de decisiones de política exterior durante las dos primeras décadas del siglo XXI. Ello contribuyó a arrojar luz sobre las fuentes utópicas transnacionales de legitimidad de ambos proyectos políticos, a la vez que sobre la exteriorización retórica y conductual de sus reinterpretaciones domésticas.

Tal tarea se torna fundamental en el complejo panorama político brasileño abierto de cara al periodo 2023-2026. En él, el ajustado triunfo electoral del Partido de los Trabajadores, sostenido por una coalición de gobierno que comprende tanto a movimientos de izquierda como a las derechas moderadas, se conjuga con la fuerte oposición del bolsonarismo en las instituciones democráticas. En este juego de ajedrez, el análisis en perspectiva genealógica del proceso de transformación y reconfiguración de los proyectos políticos enfrentados nos permite alejarnos de las observaciones coyunturales y locales, y apostar, por el contrario, por el examen teórico-analítico interconectado de las alteraciones en marcha. El estudio en profundidad de las proyecciones utópicas, distópicas y retrotópicas en pugna revela cómo el lulismo y bolsonarismo apelan a una gran variedad de factores ideacionales de raigambre histórica doméstica y transnacional para legitimar sus decisiones de política exterior. Ello se traslada tanto al ámbito de lo discursivo, como a la acción, participación y asociación en los diferentes espacios institucionales multilaterales, y ejerce un gran efecto en el modelo doméstico de desarrollo del país.

En este contexto, las estrategias electorales de 2022 estuvieron aún definidas por una lógica dialéctica entre dos modelos de inserción internacional para Brasil. Por un lado, el lulismo apeló a la nostalgia por los «buenos tiempos» de reconocimiento internacional, a través del relanzamiento de una política exterior activa, altiva y no indiferente adaptada a las problemáticas contemporáneas —el ambientalismo y el indigenismo—. Ello implicó recuperar el énfasis en el diálogo por medio del multilateralismo, la integración y la cooperación desde la necesidad de reformar la razón de sistema y profundizar la estrategia de desoccidentalización, en una democratización del sistema internacional liderada por el Sur Global que ponga freno al avance del autoritarismo neoliberal. No obstante, el nombramiento de Geraldo

Alckmin<sup>12</sup> como candidato a vicepresidente sirvió para enviar claras señales de que las preocupaciones de los sectores conservadores —entre ellos, el agronegocio— serían escuchadas.

Por el otro lado, en tanto que manifestación doméstica de la utopía reaccionaria y garante de la recuperación de los valores morales, conservadores y religiosos de las experiencias autoritarias brasileñas, el bolsonarismo mantuvo su interés en instituir a Brasil en adalid del proceso de refundación del estándar occidental de civilización a nivel sudamericano. A través de una oposición abierta a la perversión de valores defendida por el «marxismo cultural globalista» presente en la agenda liberal progresista de los organismos multilaterales, y a su manifestación doméstica, la política «ideologizada» y «tercermundista» del lulismo, la política exterior fue preservada como estrategia de movilización de seguidores. Ello implicó reproducir el no reconocimiento trumpista de los resultados electorales en Brasil, y la intensificación de la polarización y las protestas postelectorales, incluida la toma de las instituciones democráticas *à la americana* en Brasilia por los seguidores de Bolsonaro. Resta ver, aún, si tal inestabilidad repercute, a mediano plazo, en una pérdida de legitimidad del gobierno en funciones, y en una espiral de inestabilidad interna y externa (Stuenkel, 2022). Por lo pronto, el control de daños inmediato parece haber arrojado resultados positivos en la consolidación de la alianza de gobierno (Caballero, 2023).

Así pues, a pesar de la aparente novedad de ambas vertientes en política exterior, las múltiples experiencias históricas del pensamiento autonomista y americanista brasileño (Crescentino y Caballero, 2021) permiten ofrecer luz sobre las fuentes de legitimidad de este accionar en el presente, y marcan el espacio de posibilidades para la toma de decisiones futuras. Ello no quiere decir, sin embargo, que el reajuste de estos procesos a la realidad contemporánea no implique una transformación dinámica que traiga nuevas variables al estudio de la política exterior y las diversas utopías sobre las cuales se asienta.

A modo de cierre, es preciso resaltar que la utilidad de la propuesta teórica y analítica contenida por este artículo es doble. Por un lado, al hacerse eco del estudio de los factores ideacionales desde la disciplina de las Relaciones Internacionales —principalmente, a partir del giro reflectivista—, este artículo contribuye a recuperar el vínculo entre los Estudios Utópicos y el análisis de las relaciones internacionales. Para ello, propone a las utopías como herramientas heurísticas a través de las cuales analizar las fuentes de legitimidad de los proyectos políticos y sus redes transnacionales, en tanto que fuentes de inspiración y motivación del cambio, transgresión de lo existente, apertura de nuevos espacios conceptuales, y mecanismo para alcanzar la «buena vida». Con todo, ello permite destacar la vigencia del

---

<sup>12</sup> Exgobernador de São Paulo por el conservador Partido de la Social Democracia Brasileña, alineado actualmente al Partido Socialista Brasileño.

utopismo en las Relaciones Internacionales por partida doble. En primer lugar, en la constante invocación a representaciones utópicas por líderes de todos los colores políticos. Y, en segundo lugar, en el peso que se le asigna a la negación la utopía. Ello se ve reflejado, con mayor fuerza, en la existencia de un utopismo anti-utópico en el imaginario internacionalista neoconservador, que reivindica el pragmatismo político para sí y rechaza las alternativas bajo la etiqueta de «utópicas» e «ideológicas».

Por el otro lado, esta propuesta permite trazar vínculos entre los Estudios Utópicos y el Análisis de Política Exterior. Tal nexos arroja luz sobre el influjo que tienen los aspectos utópicos de las formas culturales de las sociedades —las esperanzas hacia lo que entienden por la búsqueda de un mundo transformado— en las prácticas performativas que construyen empíricamente lo internacional. Retomando a Carr, este camino se hace indispensable si aún consideramos preciso resolver el dilema entre quienes consideran la política en función de la ética y la ética en función de la política a partir de una combinación equilibrada de ambos factores. En última instancia, en tanto que internacionalistas, esto resulta central para escapar, de una vez, de la aceptación de las fuerzas existentes como inevitables y de la esterilización escéptica del pensamiento.

## 6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aimé González, E. (2019). La teoría de la sociedad internacional. De la narrativa clásica de Escuela Inglesa al enfo-que crítico. *Relaciones Internacionales*, 41, pp. 13-31. <https://doi.org/10.15366/relacionesinternacionales2019.41.001>
- Alexandrowicz, C. H. (1961). Doctrinal Aspects of the Universality of the Law of Nations. *British Yearbook of International Law*, 37, pp. 506-515.
- Altinbas, D. (2013). South–South Cooperation: A Counter-Hegemonic Movement? En J. Dargin (ed.), *The rise of the Global South: Philosophical, Geopolitical and Economic Trends of the 21st Century* (pp. 29-65). Singapore: World Scientific. [https://doi.org/10.1142/9789814397810\\_0002](https://doi.org/10.1142/9789814397810_0002)
- Araújo, E. (2017). Trump e o Ocidente. *Cadernos de Política Exterior*, 3(6), pp. 323-358.
- Ashworth, L. M. (1999). *Creating International Studies: Angell, Mitrany and the Liberal Tradition*. Aldershot: Ashgate.

- Ashworth, L. M. (2002). Did the Realist-Idealist Great Debate Really Happen? A Revisionist History of International Relations. *International Relations*, 16(1), pp. 33-51. <https://doi.org/10.1177/0047117802016001004>
- Ashworth, L. M. (2006). Where Are the Idealists in Interwar International Relations? *Review of International Studies*, 32(2), pp. 291-308. <https://doi.org/10.1017/S0260210506007030>
- Bauman, Z. (2017). *Retrotopia*. Cambridge: Polity Press. <https://doi.org/10.14515/monitoring.2018.6.22>
- Besharati N. y Esteves, P. (2015). Os BRICS, a Cooperação Sul-Sul E O Campo Da Cooperação Para O Desenvolvimento Internacional. *Contexto Internacional*, 37(1), pp. 289-330. <https://doi.org/10.1590/S0102-85292015000100009>
- Booth, K. (1991). Security in Anarchy: Utopian Realism in Theory and Practice. *International Affairs*, 67(3), pp. 527–545. <https://doi.org/10.2307/2621950>
- Bosco, D., Stuenkel, O. (2015). The Rhetoric and Reality of Brazil's Multilateralism. En O. Stuenkel, M. M. Taylor (eds.), *Brazil on the Global Stage* (pp. 17-33). Nueva York: Palgrave Macmillan. [https://doi.org/10.1057/9781137491657\\_2](https://doi.org/10.1057/9781137491657_2)
- Brasil. (2005). Resenha de Política Exterior do Brasil, 95(2-2004), MRE.
- Brasil. (2007). Repertório de política externa: posições do Brasil. FUNAG.
- Brasil. (2010). Repertório de política externa: posições do Brasil (2008-2009). FUNAG.
- Brasil. (2015). Resenha de Política Exterior do Brasil, 115(2-2014), MRE.
- Brasil. (2017). Resenha de Política Exterior do Brasil, 118(1-2016), MRE.
- Brasil. (2019). Resenha de Política Exterior do Brasil, 124(1-2019), MRE.
- Brasil. (2019b). Discurso do Presidente da República, Jair Bolsonaro, durante a Sessão Plenária do Fórum Econômico Mundial, Davos, 22 de enero de 2019. Disponible en: <https://www.gov.br/funag/pt-br/centrais-de-conteudo/politica-externa-brasileira/discurso-do-presidente-da-republica-jair-bolsonaro-durante-a-sessao-plenaria-do-forum-economico-mundial>

- Brasil. (2020). Resenha de Política Exterior do Brasil, 125(2-2019), MRE.
- Brasil. (2020b). Resenha de Política Exterior do Brasil, 126(1-2020), MRE.
- Brasil. (2021). Resenha de Política Exterior do Brasil, 127(2-2020), MRE.
- Bull, H. (2012). *The Anarchical Society: A Study of Order in World Politics*. Nueva York: Palgrave Macmillan. [https://doi.org/10.1007/978-0-230-39340-0\\_2](https://doi.org/10.1007/978-0-230-39340-0_2)
- Bull, H. y Watson, A. (1984). *The Expansion of international society*. Oxford: Clarendon Press.
- Burges, S. W. y Bastos, F. H. C. (2017). The importance of presidential leadership for Brazilian foreign policy. *Policy Studies*, 38(3), pp. 277-290. <https://doi.org/10.1080/01442872.2017.1290228>
- Caballero, S. (2023). La democracia brasileña sale reforzada del asalto bolsonarista. *The Conversation*. <https://theconversation.com/la-democracia-brasilena-sale-reforzada-del-asalto-bolsonarista-197474>
- Caballero, S. y Crescentino, D. (2020). From the quest for autonomy to the dual break: structural and agential changes in Brazil's foreign policy during the 21st century. *Revista Brasileira de Política Internacional*, 63(1), e011. <https://doi.org/10.1590/0034-7329202000111>
- Caballero, S. y Crescentino, D. (2023). La política exterior brasileña, o...cómo dismantelar la institucionalidad cuando ya escasea. En J. B. Lucca, C. Pinillos, E. Iglesias, G. Pereyra Doval (comps.), *El Brasil de Bolsonaro en Español* (en prensa). Prometeo.
- Captain, Y. (2010). Brazil's Africa Policy under Lula. *The Global South*, 4(1), pp. 183-198. <https://doi.org/10.2979/gso.2010.4.1.183>
- Carlotto, T. (2021). A narrativa nostálgica midiaticizada: o caso da eleição presidencial de 2018. *Anais de artigos do Seminário Internacional de Pesquisas em Midiaticização e Processos Sociais*, 1(4), pp. 1-20. <https://midiaticom.org/anais/index.php/seminario-midiaticacao-artigos/article/view/1372>
- Carr, E. H. (2004). *La crisis de los veinte años (1919–1939). Una introducción al estudio de las Relaciones Internacionales*. Madrid: Catarata.

- Cervo, A. L. (2010). Brazil's rise on the international scene: Brazil and the World. *Revista Brasileira de Política Internacional*, 53(sp.ed.), pp. 7-32. <https://doi.org/10.1590/S0034-73292010000300002>
- Cervo, A. L. (2013). Conceptos en Relaciones Internacionales. *Relaciones Internacionales*, 22, pp. 149-166.
- Chakrabarty, D. (2007). *Al margen de Europa*. Barcelona: Tusquets.
- Crescentino, D. S. (2019). Hacia la consolidación de las identidades globales: Antiimperialismo y Sur Global. En M. A. López Zapico, A. Rodríguez Campesino, G. Vitón (eds.), *Nuevas miradas sobre el antiimperialismo y/o el antiamericanismo desde la Historia, la Literatura y el Arte* (pp. 112–132). Madrid: Instituto de Estudios Internacionales y Europeos Francisco de Vitoria.
- Crescentino, D. S. (2021). *La identidad de Brasil como cooperante del Sur: Apogeo y crisis de un modelo de desarrollo alternativo (2003-2016)*. (Tesis inédita de doctorado). Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- Crescentino, D. S., y Caballero, S. (2021). Arquitectura de la política externa brasileña: autonomistas, globalistas y americanistas en Itamaraty. *Araucaria*, 23(48). <https://doi.org/10.12795/araucaria.2021.i48.10>
- Easton, D. (1953). *The Political System: An Inquiry into the State of Political Science*. Nueva York: Knopf.
- Fonseca, M., y Jerrems, A. (2012). Pensamiento decolonial: ¿una «nueva» apuesta en las Relaciones Internacionales? *Relaciones Internacionales*, 19, pp. 103-121.
- Foucault, M. (2008). *Seguridad, Territorio y Población*. Madrid: Akal.
- Galston, W. A. (2010). Realism in political theory. *European Journal of Political Theory*, 9(4), pp. 385–411. <https://doi.org/10.1177/1474885110374001>
- Goldstein, A. A. (2019). The New Far-Right in Brazil and the Construction of a Right-Wing Order. *Latin American Perspectives*, 46(4), pp. 245–262. <https://doi.org/10.1177/0094582X19846900>
- Gonçalves, L. P. y Neto, O. C. (2020). *O fascismo em camisas verdes: do integralismo ao neointegralismo*. Rio de Janeiro: FGV.

- Gong, G. W. (1984). *The Standard of 'Civilization' in International Society*. Oxford: Oxford University Press.
- Goodwin, B. y Taylor, K. (1982). *The Politics of Utopia: A study in theory and practice*. Londres: Hutchinson.
- Grovogui, S. N. (2011). A Revolution Nonetheless: The Global South in International Relations. *The Global South*, 5, pp. 175-190. <https://doi.org/10.2979/globalsouth.5.1.175>
- Gruffydd Jones, B. (2006). *Decolonizing International Relations*. Lanham, Md.: Rowman y Littlefield.
- Guimarães, F. S. y Silva, I. D. O. (2021). Far-right populism and foreign policy identity: Jair Bolsonaro's ultra-conservatism and the new politics of alignment. *International Affairs*, 97(2), pp. 345–363. <https://doi.org/10.1093/ia/iiaa220>
- Haggard, S., y Simmons, B. (1987). Theories of international regimes. *International Organization*, 41(3), pp.491-517. <https://doi.org/10.1017/S0020818300027569>
- Hill, C. (2003). *The Changing Politics of Foreign Policy*. Basingstoke: Palgrave.
- Hirst, M. E. S. (2019). Potências emergentes e negociações de paz: a experiência brasileira nas conversações nucleares com o Irã. *Austral: Brazilian Journal of Strategy y International Relations*, 8(15), pp. 68-93. <https://doi.org/10.22456/2238-6912.91944>
- Horsburgh, H. J. N. (1956). The relevance of the utopian. *Ethics*, 67(2), pp. 127-138. <https://doi.org/10.1086/291099>
- Hurrell, A. (2008). Lula's Brazil: A Rising Power, but Going Where? *Current History*, 107(706), pp. 51-57. <https://doi.org/10.1525/curh.2008.107.706.51>
- Ingram, J. (2017). Introduction: Utopia and Politics. En S. Chrostowskam, J. Ingram (eds.), *Political Uses of Utopia: New Marxist, Anarchist, and Radical Democratic Perspectives* (pp. ix-xxxvi). Nueva York: Columbia University Press. <https://doi.org/10.7312/chro17958-001>
- Jameson, F. (1971). *Marxism and Form*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Keohane, R. O. y Nye, J. S. (1977). *Power and Interdependence*. Boston: Little, Brown.

- Kratochwil, F. (2007). Looking back from somewhere: reflections on what remains «critical» in critical theory. *Review of International Studies*, 33, pp. 25-45. <https://doi.org/10.1017/S0260210507007383>
- Levitas, R. (2000). For Utopia: The (limits of the) Utopian function in late capitalist society. *Critical Review of International Social and Political Philosophy*, 3(2-3), pp. 25-43. <https://doi.org/10.1080/13698230008403311>
- Levitas, R. (2007). Looking for the blue: The necessity of utopia. *Journal of Political Ideologies*, 12(3), pp. 289-306. <https://doi.org/10.1080/13569310701622184>
- Lentner, H. H. (2006), Public Policy and Foreign Policy: Divergences, Intersections, Exchange. *Review of Policy Research*, 23, pp. 169-181. <https://doi.org/10.1111/j.1541-1338.2006.00191.x>
- Leone, M. S. (2016). La integración regional en el mosaico identitario latinoamericano. En P. A. Martínez Lillo, J. Estefanía (coords.), *América Latina: un nuevo contrato social* (pp. 181-217). Madrid: Marcial Pons. <https://doi.org/10.2307/j.ctv1grb97f.11>
- Lima, M. R. S. (2018). Relações internacionais e políticas públicas: a contribuição da análise de política externa. En E. Marques, C. A. P. Faria (eds.), *A política pública como campo multidisciplinar* (pp. 127-154). São Paulo: FIOCRUZ. <https://doi.org/10.7476/9786557080825.0007>
- Lynch, C. E. C. y Cassimiro, P. H. P. (2021). O populismo reacionário no poder: uma radiografia ideológica da presidência Bolsonaro (2018-2021). *Aisthesis*, 70, pp. 223-249. <https://doi.org/10.7764/Aisth.70.10>
- Mannheim, K. (1987). *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mignolo, W. D. (1999). Colonialidad del poder y diferencia colonial. *Anuario Mariateguiano*, 9(10).
- Mignolo, W. D. (2011). The darker side of Western modernity: Global futures, decolonial options. Durham: Duke University Press. <https://doi.org/10.2307/j.ctv125jqbw>
- Milani, C. R. S. y Duarte, R. S. (2015). Cooperação para o desenvolvimento e cooperação sul-sul: A perspectiva do Brasil. En H. Ramanzini Júnior, L. F.



Ayerbe (eds.), *Política externa brasileira, cooperação sul-sul e negociações internacionais* (pp. 53-82). São Paulo: Cultura Acadêmica.

Milani, C. R. S. (2018). *Solidariedade e Interesse: Motivações e Estratégias na Cooperação Internacional para o Desenvolvimento*. Curitiba: Appris.

Morgenthau, H. J. (1952). Another «Great Debate»: The National Interest of the United States. *The American Political Science Review*, 46(4), pp. 961-988. <https://doi.org/10.2307/1952108>

Moyn, S. (2010). *The Last Utopia: Human Rights in History*. Cambridge, Mss: Harvard University Press.

Nicholson, M. (1998). Realism and utopianism revisited. *Review of International Studies*, 24(5), pp. 65-82. <https://doi.org/10.1017/S0260210598000655>

Osiander, A. (1998). Rereading Early Twentieth-Century IR Theory: Idealism Revisited. *International Studies Quarterly*, 42(3), pp. 409-432. <https://doi.org/10.1111/0020-8833.00090>

Pecequilo, C. S. (2022). Brazilian foreign policy: from the combined to the unbalanced axis (2003/2021). *Revista Brasileira de Política Internacional*, 64(1), e011. <https://doi.org/10.1590/0034-7329202100111>.

Peñas Esteban, F. J. (2012). Camino de perfección: el imaginario liberal de las relaciones internacionales. *Relaciones Internacionales*, 20, pp. 31-61.

Peñas Esteban, F. J. (2019). Standard of civilization: The Histories of International Relations. *Relaciones Internacionales*, 40, pp. 171-195. <https://doi.org/10.15366/relacionesinternacionales2019.40.007>

Pinheiro, L. y Gaio, G. (2014). Cooperation for Development, Brazilian Regional Leadership and Global Protagonism. *Brazilian Political Science Review*, 8(2), pp. 8-30. <https://doi.org/10.1590/1981-38212014000100009>

Porter, B. (1989). David Davies: A Hunter after Peace. *Review of International Studies*, 15(1), pp. 27-36. <https://doi.org/10.1017/S0260210500113063>

Power, T. J. (2000). *The Political Right in Postauthoritarian Brazil: Elites, Institutions, and Democratization*. University Park, Pa.: Pennsylvania State University Press.

- PSL. (2018). O Caminho da Prosperidade. Proposta de Plano de Governo. Constitucional. Eficiente. Fraternal. Tribunal Superior Eleitoral.
- PT, PCDOB y PROS. (2018). Plano de Governo 2019-2022. Coligação O Povo Feliz de Novo. Tribunal Superior Eleitoral.
- Rodríguez-Garavito, C., Barrett, P. y Chavez, D. (2008). Utopia reborn? Introduction to the Study of the New Latin American Left. En P. Barrett, D. Chavez, C. Rodríguez-Garavito (eds.), *The New Latin American Left: Utopia Reborn* (pp. 1-41). Londres: Pluto Press. <https://doi.org/10.2307/j.ctt183q5k5.5>
- Salomón, M. y Pinheiro, L. (2013). Análise de Política Externa e Política Externa Brasileira: trajetória, desafios e possibilidades de um campo de estudos. *Revista Brasileira de Política Internacional*, 56(1), pp. 40-59. <https://doi.org/10.1590/S0034-73292013000100003>
- Sanahuja, J. A. (2018). Crisis de globalización, crisis de hegemonía: un escenario de cambio estructural para América Latina y el Caribe. En A. Serbin (ed.), *América Latina y el Caribe frente a un Nuevo Orden Mundial: poder, globalización y respuestas regionales* (pp. 37-68). Barcelona: Icaria / CRIES.
- Sanahuja, J. A., y López Burian, C. (2020). Internacionalismo reaccionario y nuevas derechas neopatriotas latinoamericanas frente al orden internacional liberal. *Conjuntura Austral*, 11(55), pp. 22–34. <https://doi.org/10.22456/2178-8839.106956>
- Sánchez, F., Neto, J. M. B. y Marques, R. M. (2008). Brazil. Lula's government: a critical appraisal. En P. Barrett, D. Chavez, C. Rodríguez-Garavito (eds.), *The New Latin American Left: Utopia Reborn* (pp. 42-68). Londres: Pluto Press. <https://doi.org/10.2307/j.ctt183q5k5.6>
- Santos, F. y Tanscheit, T. (2019). Quando velhos atores saem de cena: a ascensão da nova direita política no Brasil. *Colombia Internacional*, 99, pp. 151-186. <https://doi.org/10.7440/colombiaint99.2019.06>
- Sanz Díaz, C. (2009). El nuevo orden internacional. La Organización de las Naciones Unidas. En J. C. Pereira (ed.), *Historia de las relaciones internacionales contemporáneas* (pp. 471-498). Madrid: Ariel.

- Schmidt, B. C. (1998). Lessons from the Past: Reassessing the Interwar Disciplinary History of International Relations. *International Studies Quarterly*, 42(3), pp. 433-459. <https://doi.org/10.1111/0020-8833.00091>
- Schmidt, B. C. (2002). Anarchy, World Politics and the Birth of a Discipline: American International Relations, Pluralist Theory and the Myth of Interwar Idealism. *International Relations*, 16(1), pp. 9-31. <https://doi.org/10.1177/0047117802016001003>
- Schutte, G. R., Fonseca, B. D. y Carneiro, G. S. (2019). Jogo de dois níveis voltado ao eleitorado: uma análise da política externa bolsonarista. *Cojuntura Global*, 8(2), pp. 97-116. <https://doi.org/10.5380/cg.v8i2.69854>
- Smith, S. (1986). Theories of Foreign Policy: An Historical Overview. *Review of International Studies*, 12(1), pp. 13-29. <https://doi.org/10.1017/S026021050011410X>
- Snyder, R. C., Bruck, H. W. y Sapin, B. M. (1954). *Decision-Making as an Approach to the Study of International Politics*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Spektor, M. (2019). Diplomacia da Ruptura. En S. Abranches *et al.* (eds.), *Democracia em risco? 22 ensaios sobre o Brasil hoje* (pp. 322-336). São Paulo: Companhia das Letras.
- Steiner, A. Q., Medeiros, M. A. y Lima, R. M. S. (2014). From Tegucigalpa to Teheran: Brazil's diplomacy as an emerging Western country. *Revista Brasileira de Política Internacional*, 57(1), pp. 40-58. <https://doi.org/10.1590/0034-7329201400103>
- Stuenkel, O. (2022). *Brazil's foreign policy strategy after the 2022 elections*. Real Instituto Elcano. <https://www.realinstitutoelcano.org/en/analyses/brazil-foreign-policy-strategy-after-the-2022-elections/>
- Tomassini, L. (1988). El análisis de la política exterior. *Estudios Internacionales*, 21(84), pp. 498-559. <https://doi.org/10.5354/0719-3769.1988.15688>
- Waltz, K. N. (1959). *Man, the State, and War: A Theoretical Analysis*. Nueva York: Columbia University Press.
- Waltz, K. N. (1979). *Theory of international politics*. Londres: McGraw-Hill.

- Wilson, P. (1998). The Myth of the «First Great Debate». *Review of International Studies*, 24, pp. 1-15. <https://doi.org/10.1017/S0260210598000011>
- Wilson, P. (2003). *The International Theory of Leonard Woolf. A Study in Twentieth-Century Idealism*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Wight, M. (1977). *Systems of States*. Leicester; Leicester University Press.
- Wink, G. W. (2021a). *Brazil, Land of the Past. The Ideological Roots of the New Right*. Cuernavaca: Bibliotopía.
- Wink, G. W. (2021b). La utopía imperial de Brasil y su resurrección en la nueva derecha. En J. Pro, M. Brenišínová, E. Ansótegui, E. (eds.), *Nuevos mundos: América y la utopía entre espacio y tiempo* (pp. 271-300). Frankfurt am Main: Iberoamericana Vervuert. <https://doi.org/10.31819/9783968691558-012>